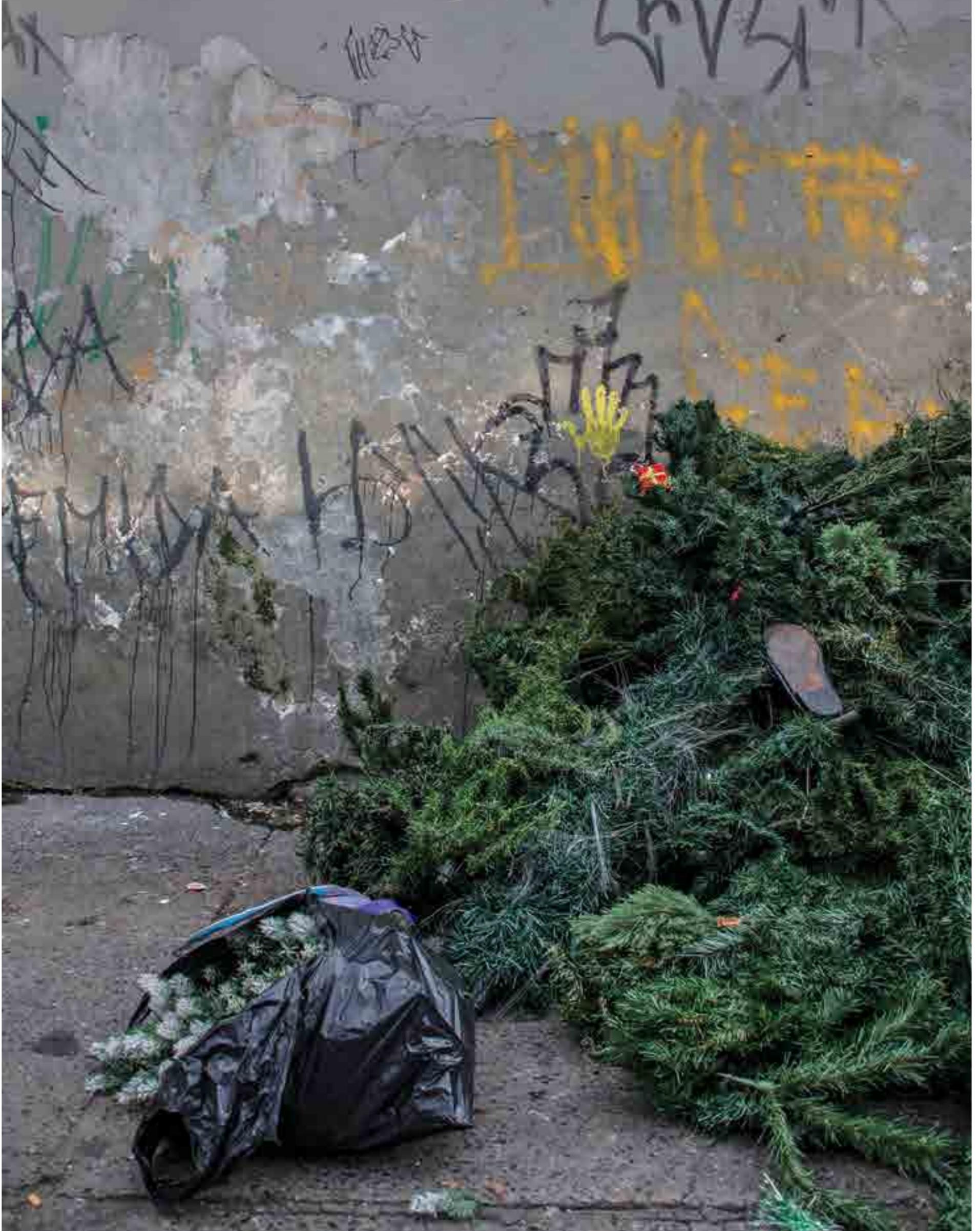


Cualquier cosa, menos quietos

# UNIVERSO CENTRO

Número 41 - Diciembre de 2012 - Distribución gratuita - [www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)



4

Paisaje de verano con marinos rusos



6

La noche del monje



8

Leonardo Favio



16

Experto en muros blancos



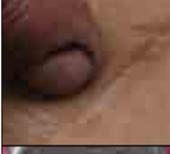
20

Noche de urgencias



22

Cicatrices



24

Capítulo IV &gt;&gt;&gt; El Barrio



## UNIVERSO CENTRO

## Publicación mensual

## DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

- Juan Fernando Ospina

## EDITOR

- Pascual Gaviria

## COMITÉ EDITORIAL

- Fernando Mora

- Guillermo Cardona

- María Isabel Naranjo

- Alfonso Buitrago

- Ana Lucía Cárdenas

- David E. Guzmán

## DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

- Gretel Álvarez

## COORDINACIÓN COMERCIAL

- Ana María Duque

## DISTRIBUCIÓN

- Érika, Didier, Daniel y Gustavo

## CORRECCIÓN

- Paca y equipo UC

## ASISTENTE

- Sandra Barrientos

Es una publicación de la Corporación Universo Centro

Número 41 - Diciembre 2012

16.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

## Estados de gracia

Los votos parecían la vía menos indicada para acabar con una guerra que se ha librado en nombre de la sociedad, "de nuestros hijos", según la frase obligada de los políticos que intentan tender un manto sobre sus electores. Una red en realidad. Los padres de familia han sido el blanco perfecto para el discurso que marca la guerra contra las drogas. Desde Nixon hasta Uribe se han combinado convicciones ideológicas y cálculos electorales para hacer que la policía se encargue de la cruzada moral. El círculo vicioso dice que los políticos inflan el fantasma de una epidemia social y los electores les entregan el poder para que amplíen los miedos y los equívocos.

Pero a fuerza de uso, de simple familiaridad, de la lógica según la cual los gustos excéntricos o reprochables de una minoría no justifican una guerra, los electores de dos estados gringos decidieron que era posible fumar marihuana por simple placer, sin que intervinieran policías y fiscales. Un asunto para la administración de impuestos. Solo los ex alcaldes, los ex presidentes y los ex jefes de policía suelen reconocer que el camino de la prohibición es el más largo y peligroso. A los presidentes de América Latina no les gustó la decisión de los votantes de Washington y Colorado. O al menos los alarmó. O los alentó. Apenas ahora con la prueba reina de las urnas comienzan a preguntar. Luis Videgaray, principal asesor del recién posesionado presidente mexicano, lo dijo sin muchos pelos: "obviamente no podemos manejar un producto que es ilegal en México, tratando de detener su transacción a Estados Unidos, cuando en Estados Unidos -al menos en parte de Estados Unidos- ahora tiene un estatus diferente".

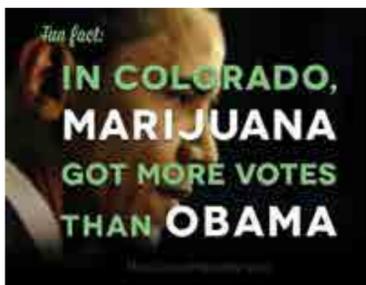
El reproche fue bajando poco a poco por Centroamérica hasta llegar a la capital colombiana. Santos respondió, orgulloso de su lenguaje coloquial: "hay enormes contradicciones. Cómo le damos penas de prisión al que cultiva en Colombia mientras un usuario en Colorado está metiéndose un barillo tranquilo". Ahora nuestro comandante de policía le pide explicaciones a los consejeros del Norte: "el tema se tocó en la visita del consejero de seguridad de Estados Unidos, Denis McDonough, hace una semana, y se pidió una especie de explicación de por qué en dos estados particularmente habían legalizado, mientras

aquí todavía ponemos muertos en la lucha contra el narcotráfico. Ese es un tema que ellos deben revisar".

El Presidente de Estados Unidos sabe muy bien que está en juego su legitimidad para seguir liderando una campaña mundial que cada día tiene más importantes detractores. Esos dos referendos más o menos insignificantes pueden ser el hilo por donde se comience a descoser la política antidrogas dictada desde el Norte. Obama parecía empeñado en cargar contra los estados libertarios que cuestionaban su autoridad mundial. Tiene herramientas para imponer vetos y recursos varios. Para la ley federal la marihuana sigue siendo una sustancia tan ilegal como el LSD y la heroína. Pero un joven asesino ha marcado nuevas prioridades. Luego de la matanza de niños en Newtown las armas han pasado a ser más peligrosas que las drogas. Los decretos y la rabia han cambiado de rumbo.

Canadá ha puesto el moño sobre el regalo de temporada. El gobierno acaba de aprobar que los proveedores de marihuana medicinal -tíene apenas 26.000 enfermos, en Canadá son muy sanos- usen cultivos privados. La privatización es otra manera de relajación. En últimas, el Estado solo debe tener el monopolio de la maquina de billetes. Pero los problemas de Obama no vienen solo de las preguntas de los presidentes de Las Américas. En su feudo los gobernadores y alcaldes han comenzado a ver una salida para sus presupuestos. Cada año se detienen en Estados Unidos a 1'600.000 personas por delitos relacionados con drogas, y los gobiernos locales piensan en los costos de las prisiones y los posibles ingresos de la venta legal. Lo mejor es que Washington y Colorado no son una extravagancia. La última encuesta de Gallup reveló que más de la mitad de los ciudadanos norteamericanos está de acuerdo con la legalización de la marihuana. En 1969 solo el 13% la apoyaba.

Parece que el Uruguay de Pepe Mujica no anda del todo despistado. Solo sigue el humo de los más liberales electores gringos. Santos ha dicho que en la guerra contra las drogas el gobierno en ocasiones se siente pedaleando en una bicicleta estática. Su postura liberal en los foros internacionales también es solo un juego sin avances, un alarde. Debería moverse al menos un paso. Pronunciar la palabra barillo no es audacia suficiente. ☪



Hace años Gonzalo Arango me dijo, mientras veíamos caminar a darioleamos, vacilante, encorvado como una guadaña y temblando de ambas rodillas y de ambas manos: "es el primer nadaísta que se nos va. Prepárale la elegía, tú que lo quieres tanto". Y un mes después, panzón, rubicundo y lleno de vida, Darío estaba insolentemente recuperado, de pie sobre la huesa de Gonzalo muerto en un accidente de carretera.

Aunque se llamaba a sí mismo Profeta de la Nueva Oscuridad, por lo visto Gonzalo era malo para los vaticinios. En los últimos días de Mao se atrevió a decirme también que tenía ganas de ver lo que iba a pasar en China después de la muerte del Gran Emperador Amarillo, quien además, aunque lo doblaba en edad y dicen que debían cuñarlo para las fotografías con estacas de bambú, lo sobrevivió. Así es la vida. Dada a las ironías. Inclínala a contradecir nuestras expectativas. Un viejo refrán reza: si quieres hacer reír a los dioses, cuéntales tus planes.

Hace años en un periódico bogotano a donde fui de visita encontré a sus directores atareados planeando la primera página para la próxima muerte de Fidel Castro, que ya empezaba a adquirir el aspecto de los paraguas viejos. Y Fidel sigue ahí, viejo paraguas, protestando porque no puede entender el misterio del Tiempo, mientras el periódico ha cambiado de dueños dos veces y sus directores de entonces viven de otras cosas mientras Castro se eterniza y jamás acaba de marchitarse, como una inmortalizada flor de cardo.

Por eso cuando me dijeron que escribiera un hipotético obituario para Hugo Chávez solo atiné a decir: y qué tal que se alivie. Y qué tal que cuando yo esté chupando gladiolos hace tiempos el comandante presidente Hugo Rafael Chávez Frías siga convirtiéndose en una momia llena de cicatrices de quirófano mientras yo soy olvidado. Qué tal que aprenda de su mentor, de su gran hermano Fidel, el arte de engañar a la Parca contra todos los pronósticos de los politólogos y los internistas, mientras mis nietos decrepitos se acostumbran a verlo, Buda tropical de sebo, prosperando, bailando en los escenarios, amenazando a los ricos con la expropiación y apurando las divisiones del ejército revolucionario hacia las fronteras de los vecinos, empeñado en liderar la versión ecuatorial de la revolución permanente.

Por supuesto que no me alegraría, no soy tan malo, ver a Chávez empujando a su país, que quiero tanto y donde tengo un montón de buenos amigos, poetas y pintores y simples roneos, al abismo de la revolución bolivariana, esa sopa de grillos donde mezcla en un mismo cocido el marxismolelinismo asiático con los discursos ilustrados del hijo de doña Concepción Pa-

OBITUARIO  
sin cadáver

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustración: Cachorro



lacios, al Che Guevara con Tirofijo y a Cristo con el vudú haitiano y los rituales del tabaco de María Lionza, porque desde que el cáncer mordió su carne se le apunta a todo. Pero tampoco me causaría felicidad asistir -soy un buen cristiano aunque sea a regañadientes- al entierro del pintoresco coronel. Porque, primero, me dan mucho miedo los cadáveres, sobre todo los demasiado voluminosos. Y segundo, porque en el fondo me divierte el modo como ha sabido mezclar, aunque en dosis imperfectas, el estadista revolucionario con el payaso popular y el cantor de joropos con el orador incendiario de izquierda.

Y porque en últimas pienso que en la pobre Venezuela, puestos a escoger entre los políticos de la oposición de hoy y los del partido del poder de hoy, cualquier decisión es desgraciada. Es obvio que los venenosos líderes de antaño son los culpables de la intoxicación que representa Chávez para su país y para el nuestro. Ayer leí una interpretación somera de las últimas elecciones en Venezuela: mientras los opositores votaron contra los apagones, los chavistas votaron por los electrodomésticos. Y qué tal, señores, que Chávez solo se haga el enfermo cada vez que llegan las elecciones...

Los entendidos nos previenen, para bien, para mal. Para mal dicen que con

la muerte de Chávez, improbable pero posible, Venezuela podría precipitarse a la guerra civil de tres frentes: el de los rojos radicales de Diosdado y el de los Rosa Luxemburgo de Maduro y el de los otros; para bien dicen que en Cuba se aceleraría el proceso de regresión del castrismo que salvará a la isla de retornar al siglo XVIII; para mal que el proceso de paz con las pandillas de las Farc acabará en un callejón sin salida y la Marcha Patriótica en nada sin los lubricantes de PDVSA, etc. Pero todos sabemos que los entendidos suelen equivocarse casi siempre, o por lo menos tanto como los profetas nadaístas.

Existe la esperanza de que el experimento chavista acabe desbaratándose en manos de Nicolás Maduro o de Diosdado Cabello. Ha sucedido otras veces en todos los procesos revolucionarios cuando fallece la figura mayor, el gran fundador del embelecado impaciente. Y es probable que suceda lo mismo con uno tan enclenque en su eclecticismo como el de Chávez, y deje además en la orfandad a la edipiana Argentina de la señora Kirchner, heredera de Isabelita, heredera de Evita, heredera de "la vieja" de los tangos, y a la Bolivia multicultural de Evo y al Ecuador de Correa y al sandinismo nicaragüense de Ortega... En fin, ese socia-

lismo latinoamericano que reconfirma la teoría de que en Latinoamérica todas las cosas sufren metamorfosis misteriosas y los poderosos gorilas acaban convertidos en unos tERNOS monos de adorno como el titi.

Todo puede suceder. Que Chávez regrese de Cuba convertido en un gran cadáver, y permita a sus compatriotas el lujo de desbocarse en el mal gusto de las grandes declaraciones al hermano y al padre y al amigo envuelto en banderas, ahogado el hedor propio de los cadáveres estentóreos en montañas de flores, o, como otras veces, remozado, dispuesto a seguir adelante en su ilusión, en su delirio enamorado por el pueblo de Bolívar y Carabobo, besando su Cristo de obsidiana cuando el dolor ataca y el miedo aparece, y bailando el pasito tuntún en una tarima mientras es aplaudido por una manada de burócratas; desmintiendo para siempre la imagen que yo también me hice al comienzo de su gobierno, cuando pensé, bobo de mí, que había aparecido con el comandante presidente el Gran Mulato que siguiendo el sueño de Fernando González redimiría a Latinoamérica de su destino macabro, de su perpetua tontería imitadora y del desorden antiguo, del bochinche que señaló Miranda cuando fue traicionado por Bolívar en Puerto Cabello. ☪

# Paisaje de verano con marinos rusos

por ANDRÉS FELIPE SOLANO

Ilustración: Luis Eduardo Loaiza

En las tardes invernales, a eso de las cinco, puedo ver el río Nakdong desde una colina, a la vuelta del conjunto de torres donde vivo en Busán, una ciudad al Sur de la península coreana. Cuando hay sol salgo hasta la esquina y veo aquel río brillar como una gruesa cadena de oro. Lo acompañan una cadena de montañas y uno que otro avión. El aeropuerto queda relativamente cerca de mi casa.

Busán está a 45 minutos de Seúl por aire o a tres horas largas en KTX, un tren rápido que cruza de punta a punta el país por entre campos de arroz, largos túneles y pequeñas ciudades tan nuevas que parecen haber sido desempacadas y armadas ayer. En Corea del Sur son contadas las construcciones tradicionales que siguen en pie. La guerra de hace sesenta años arrasó con todo. La pobreza y destrucción obligó a los coreanos a una dieta de papas y hierbas mientras el país, dividido en dos, se levantaba como podía y caminaba envuelto en la resaca de la guerra. Muchas de las pelucas que se usaron durante los años sesenta en Europa provenían de Corea. Las mujeres vendieron sus cabelleras para que en Alemania o Inglaterra estuvieran a la moda. Uno de los pocos lugares que no sufrió la destrucción total fue Busán. El río Nekong, que desemboca no lejos de aquí, sirvió de barrera natural para contener a las tropas chinas, aliadas de los norcoreanos. En el Centro todavía existen cinemas construidos antes de la guerra; quizás por eso la ciudad decidió acoger uno de los festivales de cine más importantes de Asia.

La biblioteca pública de Busán parece un edificio tropical. Está rodeada de palmeras. En sus jardines frondosos las cigarras se aparean durante las noches frescas de verano. Busán tiene el mejor clima de la península. Seco en los meses de más calor, cuando la humedad es insoportable en Seúl, y sin ese frío que muerde los tobillos en los largos inviernos. Por aquí casi nunca cae nieve, mientras que la capital suele colapsar una o dos veces por culpa de un manto blanco que puede alcanzar los quince centímetros. Además de todo, Busán es un puerto. Es la sede de un inmenso astillero donde se hacen barcos con la facilidad con que se fabrican bicicletas en otros lados del mundo. Los niños que viven en los alrededores del mercado de pescado Jagalchi ven a sus padres una o dos veces al mes, a veces menos. La mayoría son marineros. El centro de la ciudad está lleno de agencias donde se enrolan en barcos que pueden anclar un día en Hong Kong, a la semana en Vietnam o Tailandia y al mes en Australia o Nueva Zelanda. También pueden ir rumbo a Japón, que está al lado. Un ferry de pasajeros conecta a Busán con Osaka en una noche de travesía. Cientos de hombres se hacen a la mar pero también pisan tierra firme. En el puerto de Busán desembarcan marinos de las más diversas



nacionalidades: filipinos, malayos, chinos y rusos. Sí, rusos. Vladivostok está a un día en un buque carguero.

En las tardes de verano no me interesa para nada ver el río Nakdong. En lugar de eso voy a la playa donde los marinos rusos se reúnen. Se llama Song-do.

Pido una orden para llevar de takoyaki en el puesto cercano a la parada del bus. Es un plato japonés muy común en Corea. Consiste en unas masitas del tamaño de una bola de ping-pong que se asan sobre una plancha de acero con forma de cartón de huevos. Están hechas de harina de trigo y vienen rellenas de pulpo picado y jengibre. Las sirven bañadas en salsa de soya marinada y mayonesa. Es el equivalente a una docena de mini empanadas. Para tomar llevo un termo con té de maíz helado. Pago el bus con mi celular. Funciona como una tarjeta débito. Solo tengo que acercar el aparato a una pantalla y se carga el pasaje: dos mil pesos. Después de media hora de trayecto me bajo en la estación Song-do.

La brisa marina hace soportable el calor. Camino quince minutos por callejones repletos de salas de belleza, academias de taekwondo, hofs (nombre derivado del alemán que se les da a las cervecerías coreanas) y restaurantes de pollo frito. Los coreanos comen pollo frito por cantidades industriales, en cualquier ocasión, no solo cuando van al estadio de béisbol o ven un partido frente al televisor. Está lejos de ser un simple pollo cortado, pasado por harina y huevo y tirado a una paila de aceite caliente. Entre las cadenas de restaurantes de pollo frito existe una guerra para atraer clientes con recetas especiales: alitas recubiertas por diminutas hojuelas de ajo; pedazos de pechuga sobre una cama de cebolla larga picada en tiras muy finas; muslitos bañados en una salsa picante y ligeramente dulce de origen secreto. Las combinaciones son infinitas.

Compro una cerveza en un supermercado. No vale la pena un día de playa sin cerveza. Los refrigeradores coreanos son verdaderos altares para el cervecero. Se consiguen las mediocres cervezas nacionales (Casse, Hiite, OB), varias europeas (la belga Hoegaarden, la checa Pilsner Urquell), gringas (Budweiser, Miller) y las japonesas (Asahi, Kirin, Sapporo). Me llevo un six pack de las últimas. A la salida me encuentro de frente con un par de rusos muy jóvenes. Ojos azules como mentas heladas, manos como esponjas secas al sol. Sin saludar me preguntan en inglés si sé dónde pueden comprar alcohol. Están apurados. Les señalo la puerta. Parecen no creerme. Les muestro mi cargamento. Sonríen.

Camino hacia la playa. Antes de pisar la arena me saluda la estatua de Hyun-In, un cantante legendario de trot, el ritmo musical coreano equivalente al bolero o el tango. Hyun está vestido de traje y tiene un micrófono en la mano como si estuviera cantando *Canción nocturna en Seúl*, uno de sus éxitos, que dice así: "tus ojos, de los que jamás me olvidaré, ni siquiera en sueños, sueños que desaparecen como el rocío". También se hizo famoso por cantar una versión en coreano de *Bésame mucho*.

A medida que camino me empiezo a encontrar con más y más rusos: panzones, blancos, tostados, canosos, calvos, tatuados, de bigote, afeitados a ras. Han desembarcado horas antes y aprovechan para disfrutar de una tarde de descanso. El puerto está a escasos minutos. Los más viejos han alquilado un par de mesas de plástico con parasoles en esta playa de ambiente familiar, tan diferente a Haeundae, la de los grandes hoteles, o a Gwananli, la de los universitarios y turistas de clase media. En Song-do se reúnen los pensionados coreanos, los estudiantes vagos, las abuelas con sus hijas y nietos. También los

perezosos, los aburridos, los sin oficio, que escogen gastar una tarde de martes por estos lados. Aquí no se viene a ver mujeres o a mostrar el tono muscular. Aquí los coreanos simplemente vienen a comer *noodles* picantes, a tomar una tras otra botellitas de soju, el aguardiente local. Aquí la gente fuma o cabecea con los pies en el agua.

Me tomo mis cervezas y con un pailito saco una a una mis masitas de una caja de cartón mientras los rusos se tiran al sol o nadan con sus anchas espaldas y brazos como leños. Pienso en los marinos de Gorki y también en los de Conrad y Stevenson, en esos hombres que tienen por casa el mundo.

Por un momento la brisa nos arrulla a todos los que estamos en esta esquina de Asia, con la arena pegada al pelo y una fina capa de sal en los hombros, pero sobre todo parece encargarse de los marinos rusos y sus sitios. Suyos son el burdel con letrero en cirílico que traduce Lolita o el billar Madonna, por los lados del puerto. Suyas son las botellas de vino barato que quedan abandonadas los domingos en la noche en esta playa, las mujeres de ojos enrojecidos después de fumar con ellos por horas en un reservado.

El sol se empieza a ir. Recojo mis latas y las boto en una caneca. Hay cuatro diferentes, una por cada material reciclable. Frente al supermercado donde compré la cerveza me vuelvo a encontrar a los marinos jóvenes. Están borrachos. Contrario a lo que se podría pensar, el licor los ha vuelto corteses. Esta vez me saludan. Uno de ellos tiene las manos entrelazadas. Preguntan dónde pueden comer pollo frito. Los rusos aman el pollo frito coreano. Les señalo un local al otro lado de la calle. Se miran y se van, sorprendidos de su buena suerte. No tienen tiempo que perder. Su tarde de descanso se apaga. Mañana quizás amanezcan en Taiwán. ☺



El Cooperativismo mantiene la característica de ser, a la vez, altamente idealista y extremadamente práctico. Es al mismo tiempo Marta y María, Don Quijote y Sancho Panza. Persigue al Pájaro Azul, pero, en vez de buscarlo en la Isla de la Felicidad, intenta capturarlo en una tienda. Tiene el propósito de reformar el mundo, pero comienza por limpiar la entrada de su casa. Sigue a las estrellas, pero camina con los pies en la tierra. Charles Gide

Porque el futuro es confiar



www.confiar.coop

En esta Navidad, **UNE** trae grandes sorpresas para su empresa



¡Con Internet Plus navegue a 6 Megas por el precio de 2 Megas! Además, reciba gratis los 2 primeros meses.

Llame ya 444 41 41

www.une.com.co/empresas

Siganos en:



Oferta válida para compras de nuevos servicios entre 1º de diciembre de 2012 y el 31 de enero de 2013, con permanencia mínima de un año. Una vez se cumpla este tiempo, el cargo fijo de Internet será la tarifa vigente de Internet Plus 6 MB. Sujeto a cobertura y factibilidad. Los dos meses gratis corresponden a los primeros meses del plan.

# La noche del monje

por SILVIA CÓRDOBA

Ilustración: Alejandra Congote

Era mi última noche en Bangkok después de viajar cinco meses con la mochila al hombro, recorriendo la costa Este de Australia y varios países del Sudeste asiático. Ese día se había ido Lina, una prima-amiga que es mochilera de profesión y que viajaba por China, pero como al Norte estaba haciendo tanto frío decidió ir a Tailandia para encontrarse con el sol y conmigo. Arreglamos nuestro encuentro mientras yo estaba en el Triángulo de oro, entre Tailandia, Laos y Birmania, en un campamento de elefantes en plena selva tropical. El plan era estar juntas tres días, antes de que ella volviera a Londres y yo a Sydney, donde buscaría una visa para quedarme y no tener que volver a Colombia.

Nos encontramos en Bangkok, en un hotel de mala muerte en Khao San Road, la calle menos asiática de todo el sudeste asiático, rodeada de hoteles baratos habitados por turistas pijoosos. Muy cerca está la estación de transporte, y por ahí pasan todos los buses que se necesitan para ir a cualquier sitio turístico en Tailandia, un país donde conviven palacios de oro, budas gigantes y burdeles. Cuando uno camina por Khao San Road, ve personajes a los que pudo haber conocido antes en cualquier carretera de la ruta asiática y no es raro saludar a alguien, incluso si sos colombiana.

En esa calle hay dos tipos de gente: los mochileros que tienen dólares y los tailandeses que están detrás de los dólares. Todos los hoteles tienen un restaurante afuera con pantalla gigante y sillas donde los turistas se sientan a tomar cerveza y a ver películas de Hollywood en su idioma original y con subtítulos en thai. La calle está invadida de toldillos donde se venden camisetas con el logo de Red Bull escrito en caligrafía local, el recuerdo que todos compran para que el resto del mundo sepa que estuvieron en Tailandia.

También hay agencias de viajes en las que te sacan la visa para cualquier país vecino en dos días, ventas de CD piratas y peluquerías callejeras con sillas en las que se sientan los turistas recién llegados, y de donde se levantan una hora después con el pelo lleno de dreadlocks al estilo Bob Marley, de modo que cualquiera creería que sus vidas están llenas de aventuras, aunque el día anterior hayan estado trabajando como oficinistas en cualquier bolsa de valores del primer mundo.

Esa tarde acompañé a Lina al sitio desde donde salía su bus y nos despedimos como cuando uno sabe que no se va a volver a ver en muchos años. Era mi última noche en Asia después del viaje de la libertad soñada. Ir a Sydney ya no era viajar, sino volver. Luego salí a comer con mi compañera de cuarto, una australiana que al otro día se iba a buscar silencio en Nepal. Ella se fue a empacar y yo me fui caminar por la calle del hotel.

Yo estaba triste. La luna y la calle estaban llenas. Mientras caminaba entre la gente oí un grito detrás de mí.

—¡Silvia!

Yo volteé y quedé congelada.

En los primeros días de la universidad, o sea unos diez años atrás, Ángela, mi mejor amiga, y yo salíamos con dos hombres que a su vez eran los

mejores amigos. Yo estaba con Alejo y Ángela con Carlos. Un día hicimos una apuesta: ganaba la que primero besara al hombre de la otra. Ella ganó. Llegó el amor durante algo así como un año y de ahí en adelante todo lo que supe de él fue porque ella me lo contaba.

Cuando se me salió el frío del cuerpo lo miré con calma. Estaba igualito, aunque no había nada de él que se pareciera a ese niño de veinte años de suéter negro, zapatos trompones y motilado *new wave*, que aposté con mi mejor amiga. Tenía pelo largo y mucha barba, ropa café muy ancha; estaba flaco y sus ojos eran distintos.

—¿Alejo? ¡Estás igualito!

—¿Vos qué estás haciendo aquí? — pregunté.

Se despidió en thai de una mujer occidental vestida con túnica anaranjada, que hizo con su cuerpo la misma venia que se les hace a los monjes. Me miró con esa mirada brillante, como transparente, que solo tienen los monjes orientales o los santos de las estampitas, como si tuvieran un huequito en la mitad de los ojos por donde se les ve el alma.

—No te puedo abrazar, ¿cierto?

Respondió que no con la cabeza.

—Ya me llamo Dad Ajay —me dijo.

Ni siquiera nos dimos la mano.

Me contó que a él a veces le gustaba salir a caminar por el otro mundo, el de los no religiosos, y que esa noche de luna llena había salido por lo peor de Bangkok, o sea por Khao San Road, pues quería despedirse de la ciudad. Parecía que por esos días todo el que estuviera allá se fuera para alguna parte. Muy pronto lo iban a mover a Los Ángeles, donde seguiría con su labor de misionero.

Años antes de este encuentro supe que Alejo, que en realidad se llamaba Germán, se había metido a una comunidad religiosa y vivía en la selva de Brasil. Me contó que después vivió varios años en Suecia, y que de ahí lo habían

mandado para el Norte de Tailandia, donde estuvo los últimos dos años en el mismo sitio de donde yo venía de montar en elefante. Hacía siete que le había entregado su vida a Shiva, a Vishnu o a alguno de los miles de dioses hindúes, no estoy segura cuál. Era su discípulo y estaba en lo más alto de la pirámide, pues a diferencia de otras religiones el hindú nace, no se hace, de modo que él ya estaba tan arriba como podía llegar un extranjero. Su misión era repartir la palabra de los dioses hindúes en el país de Buda. Y todo había empezado por unas clases de yoga en Medellín.

Nos sentamos en un murito afuera de una tienda y yo pedí una coca cola. Era *light*. Me contó que su mamá se había enrollado con un grupo, y que estaba en alguna parte llevando la palabra de otro dios a los pobres de espíritu. Le conté de Ángela, de Carlos, de mí. De diez años de vida, de mi viaje, de mi mochila y de un mundo del que él ya ni se acordaba. Había perdido contacto con todo y con todos, y no le interesaba recuperarlo. Ya había encontrado eso que todos estamos buscando.

Entonces me dijo: “esta no es una casualidad. Vos también estás en una búsqueda. Evidentemente no sabés qué vas a hacer con tu vida: tenés treinta años y estás viajando sola por el otro lado del mundo tratando de encontrar quién sabe qué. Vení mañana, yo te presento a mis hermanos, y si te gusta la comunidad te quedás con nosotros de una vez. No tenés que volver a Australia a pedir una visa para quedarte, ni a Colombia. No tenés que gastar un peso, no hay que poner nada, solo debés querer”.

Tal vez esa era la señal. El encuentro esperado, el final del camino, el punto de giro que necesitaba mi vida. Él estaba convencido de lo que me decía: esa podía ser la noche del cambio. Podía volver o no volver, y si me quedaba, me auguraba una vida de tranquilidad y amor. No más soledad ni tristezas, no más desencuentros ni noches de juega. No tendría que volver a empacar ni a desempacar mi mochila. Terminaba la búsqueda, era mi oportunidad de pertenecer a una hermandad donde todos éramos iguales, donde se mira el interior del ser, porque que allá iba a dejar de ser mujer y a convertirme solo en persona.

Prendí un cigarrillo. Un Marlboro, también *light*, y respondí: “no hermano, a mí no me interesa. Yo no me imagino una vida sin cigarrillo, sin alcohol, sin bailar, sin sexo, sin mochila, sin mi familia y sin mis amigos. Gracias pero no. Mañana me voy para Sydney... ¿A vos no te hace falta nada de esto? ¿No has querido estar con una mujer en siete años?”.

Mientras miraba concentrado mi bocanada de humo respondí: “el cigarrillo. A mí me dan unas ganas de fumar...”.

Entonces yo puse el paquete de Marlboro *light* encima del murito, y después el encendedor al lado. Ya no quería más coca cola, la dejé ahí y volví con una cerveza. Cuando me acomodé de nuevo siguió con su respuesta: “y bailar. Me gustaría mucho bailar. A veces me escapo y me voy para el centro a ver bailar a la gente en las discotecas. Pero eso me puede traer problemas”. Cogió un cigarrillo como quien no se da cuenta y lo prendió.

Bangkok es famoso por la rumba, pero en Tailandia existen muchas otras cosas que para uno como viajero son desconcertantes. La primera es el idioma: uno no sabe por el letrero si el edificio que tiene al frente es un hotel, un banco, un manicomio o un sitio para tener sexo con niños; nunca tenés la certeza de qué es lo que hay al frente. Lo mismo pasa con las personas.

Allá existe algo que en los programas de *Discovery Channel* se llama el tercer sexo: los *lady-boys*, la comunidad transgénero más grande y aceptada del mundo, pues allá hay quienes creen que los encargados de mandarte cada vez que reencarnás pueden equivocarse, de

modo que uno puede nacer en el cuerpo errado, y parte de su misión es solucionar esa falla. En oposición a esa apertura mental está el hecho de que una mujer nunca puede tocar a un monje, porque las mujeres estamos un peldaño más abajo en la cadena evolutiva de las almas reencarnadas, y al tocarlo lo podemos contaminar. Eso mismo pasa con los monjes hindúes. Al menos así fue como entendí el asunto.

Cuando él terminó la coca cola y yo la cerveza, comenzamos a caminar. Paramos un tuktuk, que son moto-triciclos para dos pasajeros, el transporte más barato en Tailandia. Él le dio las indicaciones en thai al conductor. Yo estaba vestida tipo mochilera que camina por Khao San Road por última vez antes de empacar para definir un futuro: chancas de caucho, pantalón negro vaporoso y camiseta de algodón. Era jueves y fuimos al centro, a la zona de las discotecas. Música electrónica, parejas de todo tipo y un par de bares a los que no nos dejaron entrar: éramos demasiado hippies.

Por fin entramos a un lugar donde yo era la única mujer nacida sin una equivocación de por medio. Pedí un ron. Dos. Yo bailé. Él bailó. Y bailamos. Y fume. Y fumó. Y yo quise otro ron. Y un cóctel rojo muy dulce que se llamaba Kylie Minogue y nos puso la cabeza a dar vueltas. En realidad fueron varios. Muchos. Y nos abrazamos para no caer nos, o para caer nos juntos, no sé. Pero estaba feliz. Por primera vez en diez años veía a Alejo, mi amigo de la universidad, con el que me dejé de besar y al que le dejé de hablar cuando mi mejor amiga se enamoró de él por culpa de una apuesta. Era la primera vez desde que había encontrado el camino que Dada Ajay rompía todos sus votos.

Eran las cuatro de la madrugada y él tenía que dirigir la meditación de la comunidad a las cinco. El olor a cigarrillo en la ropa, el aliento a Kylie Minogue, los ojos rojos de fiesta que ya no brillaban y diez años de historias en la cabeza podrían interferir en su conversación con el más allá. Yo solo tenía que empacar para irme al aeropuerto, o mandarle un *e-mail* en caso de que decidiera quedarme y seguir su camino de salvación.

Me monté en un tuktuk donde hubo un abrazo de despedida. Era la segunda vez en 24 horas que decía adiós con esa sensación de no te voy a volver a ver en años. Cuando llegué al cuarto del hotel la australiana ya se había ido. Empaqué mi mochila, pagué diez dólares por cuatro noches en habitación compartida, y a las siete de la mañana estaba sentada en un café internet de Khao San Road escribiéndole a Ángela sobre el encuentro que acababa de tener con su ex novio.

Sin haber dormido nada en toda la noche, a las nueve estaba en el aeropuerto lista para abordar el próximo vuelo de Quantas, mientras en mi cabeza daba vueltas una canción: *One night in Bangkok makes a hard man humble / Not much between despair and ecstasy / One night in Bangkok and the tough guys tumble / Can't be too careful with your company / I can feel the devil walking next to me*. Volví a Sydney, y tan pronto me negaron la visa me devolví para Medellín a seguir con la vida que había dejado en pausa.

Varios años más tarde, cuando aparecieron las redes sociales, recibí una notificación: A. Castillo quiere ser tu amigo en Facebook. Sin saber quién era entré a su perfil. Era el mismo Dada Ajay, Alejo, Germán, sentado cómodamente en el puesto del conductor de una BMW convertible rojo, abrazando a una joven rubia de ojos azules, con el océano pacífico al fondo en un acantilado de San Francisco. Obviamente yo acepté su amistad, y escribí una frase en su muro: “Parece que nuestro encuentro, después de todo, sí era una señal para que alguien cambiara de vida”. Nunca me respondió, y ya no está en Facebook. ☹



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

## EL DON

La chimenea era estrecha, pero Santa tenía siglos de práctica. Aterrizó en la sala, dejando esparcidos sobre el suelo de tierra unos cuantos copos de nieve; llevaba al hombro una pequeña bolsa.

Miró. Estaba en una casa humilde, a todas luces de campesinos. En un rincón de la estancia alcanzó a divisar unos aperos de labranza.

No sin asombro vio frente a él a un niño, que parecía esperarle; lucía una pelambre rojiza y hirsuta, y unos grandes ojos azules, abiertos como platos.

—¿No debías estar acostado? —preguntó Santa—. Se supone que así son las cosas.

—No tenía sueño —dijo el chico. Y añadió, sin más explicaciones—. Quería ver si me trajiste lo que te pedí.

Santa sacó de su talega una caja de pinturas, un estuche con lápices de color, y una caja de pinceles.

—Aquí está todo —dijo—. Supongo que te gusta pintar.

—Mucho —afirmó el niño, moviendo la cabeza, al tiempo que recibía los presentes—. Es lo que más me gusta.

—¿Y qué pintas?

—Bueno, cosas que veo. Zapatos viejos, botas, personas comiendo, viejas amasando pan. Cosas así.

—Ya, ya —dijo Santa—. ¿Tu nombre es...? —añadió, aunque de sobra lo sabía.

—Vincent —confirmó el chico.

—Bueno, Vincent, es estupendo que pintes eso. Después, se me ocurre, podrías ensayar otros temas. Qué se yo, girasoles, trigales, autorretratos, puentes... En fin, otros temas.

—¿Por qué no? —dijo el chico—. Ya se verá. Me sobra tiempo.

Santa lo miró con fijeza. Conocía muy bien el pasado y el futuro de todos los hombres.

—Puede que algunos no estén de acuerdo con lo que voy a decirte —murmuró—. Pero creo que serás muy feliz.

## CODA

*Of cats and men*

Ahora hay un gato en mi casa; un bebé gato. Mi casa es grande, y con espacios amplios. Pero, en cuanto pudo subir escalas, Ciro decidió que mi zarzo sería el lugar favorito de sus tardes. Husmea, investiga, mira con desdén desde la ventana el mundo exterior; y luego se echa a dormir en una silla; una única silla, siempre la misma, que eligió ignorando las otras, iguales a esa. Lo miro, frente a mí, y me pregunto el porqué de esa querencia, sin darme cuenta de que yo me comporto igual, y me paso el día en mi zarzo, en una silla, siempre la misma. Mientras él dormita, yo oigo La Luciérnaga. Salvo ese detalle, nada nos diferencia. ☹

La primera película que vi de Leonardo Favio se llama *El niño y el canario*. Aunque es una canción, está escrita como un guion: con imágenes y acciones que crean una narración. Por eso, al escucharla en mi niñez, era inevitable visualizar aquella historia como si de una película se tratara, más aún por la identificación generacional con el niño aquel y su triste mascota.

Pero no solo fue por mi edad que supe de este creador primero por sus canciones, en realidad eso ocurrió en toda Latinoamérica, pues la más grande tragedia del cine de esta región es que está aislado y confinado a sus territorios nacionales. Solo los argentinos sabían que el autor de *La foto del carnet* era un actor consagrado desde los años cincuenta y que trabajaba a las órdenes del cineasta más importante de la época, Leopoldo Torre Nilsson.

También solo los argentinos sabían que, en 1964, decidió probarse como director e hizo la película más importante –según encuestas a expertos– de toda la historia del cine argentino: *Crónica de un niño solo*, un tratado de la marginalidad y la tristeza en el que se evidencia la influencia del cine de autor europeo y las corrientes de modernismo que por aquel entonces refrescaban el cine y, de paso, lo hacían más complejo.

Cuando Leonardo Favio era solo Fuad Jorge Jury, algo probó de esa marginalidad de la que habla en su película. Tal vez por eso su cine siempre tuvo una base popular muy fuerte, aunque esa cercanía con personajes y situaciones del pueblo solo fue en el aspecto temático en sus tres primeras películas. Así como su ópera prima, las que luego vinieron, *El romance del Aniceto* y la *Francisca* (1967) y *El dependiente* (1969), son relatos austeros y contenidos, con una narrativa que no hace concesiones al público, cargados de poesía, realismo y acciones y sentimientos solo sugeridos que ponen a trabajar al espectador.

Fueron tres películas que le dieron prestigio en el mundo del cine, entre los iniciados y la crítica. Y bien pudo quedarse acomodado ahí, como el nuevo genio del cine argentino, como el autor que hacía obras de peso y rigor artístico. Sin embargo, en un sorpresivo y criticado giro de su carrera, deja de hacer cine y comienza a cantar, pero no música ligada a su nuevo estatus intelectual, sino canciones populares que lo ubican como uno de los más importantes representantes de la llamada balada romántica latinoamericana.

Y aunque algún meloso “ding dong, ding dong” se podía escuchar en sus canciones, buena parte de ellas tenían mucho que ver con ese talante de drama, adversidad y realismo que caracterizaban sus historias de cine. Además, en su potente voz apelaba con versatilidad al dramatismo y los cambios de registro que sus poéticas y cinematográficas letras le exigían.

Y cuando se creía que no podía conseguir más triunfos, volvió al cine y realizó las dos películas más taquilleras del cine argentino: *Juan Moreira* (1973) y *Nazareno Cruz y el lobo* (1975). Nuevamente, abandona el lenguaje cinematográfico elaborado y austero que se creía era su estilo, así como los temas graves y adversos, para apelar a asuntos y discursos narrativos más cercanos a la cultura popular; de ahí la masiva respuesta del público, que hasta hoy no ha sido superada.

*Juan Moreira* tiene mucho que ver con la militancia peronista de este director. Así como el histórico Gaucho, que en el siglo XIX luchó contra los abusos de los poderosos pero al mismo tiempo era una suerte de bandolero, Leonardo Favio se mostraba ambiguo en su relación

# Leonardo Favio

## O el cineasta que también cantaba

por OSWALDO OSORIO



con el peronismo. Amigo del General Juan Domingo Perón y defensor de sus políticas populistas, también toleraba las facciones derechistas del movimiento. El caso es que esta película despertó en el grueso del público un importante sentimiento de identificación y, además, su narración y concepción visual, al estilo de los muy populares *spaghetti western* de la época, contribuyó a su disfrute por parte del público.

Con la historia del hombre lobo que tiene contacto con Dios y con el diablo, y que se enamora, y que sufre, y que lo pierde todo, Leonardo Favio recurre a la mitología guaraní como fuente para otro tema popular. Se trata de una de las pocas películas de cine fantástico de su país, pero que además tiene elementos surrealistas y melodramáticos, una insólita combinación que este autor supo organizar de manera que no se excediera en los extremos de lo extravagante, cursi y hasta absurdo que tiene esta singular y significativa cinta.

Parado en esta cúspide, vendrán luego malos tiempos para su oficio de cineasta. Su siguiente película, *Soñar, soñar* (1976), coincide con el inicio de la dictadura militar y es un fracaso, a pesar de haber sido hecha con las mismas características de las anteriores y de estar protagonizada nada menos que por el boxeador Carlos Monzón y el cantante Gian Franco Pagliaro, dos ídolos populares de entonces. Pero los oscuros tiempos que empezaba a vivir Argentina no daban para que funcionara una película como esta, así como tampoco era posible que Leonardo Favio, con su pasado peronista, continuara en el país. De esta forma comienza su exilio, el cual pasó casi todo en Colombia y viviendo de su música.

Al regresar a su país y al cine, realiza *Gatiga*, *el Mono* (1993), cinta sobre un célebre púgil argentino de los años cuarenta y cincuenta cuya vida corre paralela a los mejores años del peronismo. De nuevo es una declaración de amor y de simpatía ideológica por el caudillo y su tiempo, aunque sería con la monumental película documental *Perón, sinfonía del sentimiento* (1999), de casi seis horas de duración, con la que hace un gran homenaje a esta importante figura política y de paso reflexiona sobre la historia de su país.

En medio de sus dolencias físicas de los últimos años, a Leonardo Favio le dio por revisar su obra. Mira una y otra vez sus películas, las pule, les quita de aquí y de allá, o cambia un trozo de música. Pero con *El romance del Aniceto* y la *Francisca* se le ocurre hacer una nueva versión, la cual llama simplemente *Aniceto* (2008), un ballet cinematográfico en el que se va al otro extremo de la original; aún así, en sus esquinas opuestas ambas comparten la misma historia y se destacan como obras de gran riqueza estética, la primera por vía del realismo y la capacidad de expresar hondas emociones solo con imágenes, y la segunda por la plasticidad y el sentimiento que consigue con la puesta en escena y las coreografías.

Solo nueve películas y en su país lo consideran el más importante director de la historia del cine gaucho, un director de culto, un poeta de la tristeza y el amor, un ídolo de la canción popular, pero sobre todo un hombre siempre cercano al sentir del pueblo, ya por vía de sus simpatías políticas, sus canciones que hablan de cualquiera o sus películas llenas de vida y sensibilidad. Todo esto hecho con la misma humildad y lucidez reflejada en una frase que alguna vez dijo y que bien lo define: “Yo no le quiero ganar a nadie, porque aquí nadie gana y nadie pierde. Solo podemos agradecer haber conocido un beso, hay gente que se muere sin saberlo”. ☺



# Estampas con la doña

por ANDRÉS BURGOS

Es la pregunta que más me han formulado desde su participación en *Sofía y el terco*: ¿Cómo es trabajar con Carmen Maura?

A menudo me siento como un envejecido actor infantil de radioteatro que ha presenciado un asesinato o el aterrizaje de un ovni pero del que todos quieren oír únicamente su declamación particular de *El renacuajo paseador*. Una suerte de niño poeta (¿qué será de la suerte de *El niño poeta*?). En fin, ahora pretendo conjurar futuros curiosos y contar lo que quisiera contar. No es mucho, la verdad, porque no establecimos una de esas relaciones míticas que le gustan a la gente sobre actores y directores, lazos viscerales y mágicos que hablan de la esencia humana y el arte. En realidad fuimos más como vecinos cordiales de cubículo, eficientes y claros, conscientes de jugar en el mismo equipo y sin prevenciones a la hora de soltar el balón.

## El perro como embajador

Ya estaba claro que Carmen García Maura quería actuar en *Sofía y el terco*. Luego de un par de conversaciones telefónicas, empezamos a intercambiar correos electrónicos. Pocos. Evité también a toda costa el uso de Skype, que en alguna medida paradójica solamente soy capaz de manejar espontáneamente con gente cercana.

Ella nunca había estado en Colombia y, para irse enterando de lo que la esperaba, me pidió que le enviara una foto mía. Le mandé la primera que encontré, donde aparezo recostado en el sofá de mi casa, en sudadera, con el computador portátil compitiendo por el espacio con mi perra, una bulldog francesa que siempre quiere estar ovillada en las piernas de alguien. A las productoras esto les pareció un exabrupto, ¿cómo se me ocurría enviar semejante cuadro! Balbucí algunos débiles argumentos a mi favor, donde mencionaba la espontaneidad y valores abstractos por el estilo, pero no me quedó más remedio que reconocer mi ligereza. De todas formas, el mal ya estaba hecho.

O no. Semanas después, Carmen me comentó que la foto le había llegado al corazón. Hacía pocos meses se había muerto su perrita, que la había acompañado por todo el mundo durante catorce años e innumerables películas, y ella aún no elaboraba la pérdida. Afirmó que saber que iba a trabajar con alguien dueño de un perro –en realidad

de dos– le reafirmaba la conexión que sintió cuando leyó el guión. Yo corrí a retirarles a las productoras las disculpas que me habían arrancado.

## Va la madre para la madre patria

Nunca tuve tantos papeles de respaldo para asistir a la cita en una embajada. Y jamás sabré si habrían funcionado. Una de las productoras de la película y yo, con la intención de encontrarnos en Madrid con Carmen para conocernos personalmente y discutir detalles de la película, hicimos fila en la sede diplomática española una mañana. Dos. Tres. Todo bajo la lluvia. Y nunca llegamos ni siquiera a la puerta. No importaba qué tanto madrugáramos al día siguiente, a media mañana una voz anunciaba que no se atenderían más casos. Al parecer los puestos estaban vendidos, era inútil hacer fila. Sería imposible viajar. Temimos que la presencia de nuestra actriz en la película corriera riesgo, pues de antemano ella nos anunció que no quería cruzar el Atlántico una y otra vez para reuniones.

Carmen no compartió nuestra angustia y, sin importar que no tuviera más referencia de nosotros que nuestra propia presentación, propuso venir antes de lo planeado. Así contaríamos con el tiempo suficiente para conocernos y ensayar. Su decisión estaba tomada y era un acto de fe.

## Laureano en átomos volando

Carmen se hospedó en un hotel en el Norte de Bogotá. A la segunda noche una explosión sacudió la zona. Un petardo había volado el busto de Laureano Gómez a pocas cuadras de allí. Un estallido que detonó un dilema: ¿La llamáramos a ver cómo estaba? ¿Se habría dado cuenta? Si no, ¿la alarmaría el espantoso y valores abstractos por el estilo, pero no me quedó más remedio que reconocer mi ligereza. De todas formas, el mal ya estaba hecho.

O no. Semanas después, Carmen me comentó que la foto le había llegado al corazón. Hacía pocos meses se había muerto su perrita, que la había acompañado por todo el mundo durante catorce años e innumerables películas, y ella aún no elaboraba la pérdida. Afirmó que saber que iba a trabajar con alguien dueño de un perro –en realidad

## Sacrificios 1

Mi mamá murió al segundo día de rodaje. No fue una sorpresa, llevaba media semana inconsciente en una cama y solo faltaba el desenlace final. Yo había estado unos días antes en Medellín, despidiéndome y poniéndome en paz con los sentimientos encontrados. Tuve que regresar a Bogotá sin que nada sucediera aún porque la filmación no se podía retrasar. El presupuesto no lo habría soportado.

La noticia me llegó un sábado por la noche, una vez terminado el trabajo. Yo ya había decidido que no iba a volver a Medellín pasara lo que pasara. Mi familia me apoyaba en el compromiso que había adquirido. Nada iba a cambiar. Esa noche, sin nada más que hacer además de un par de llamadas de rigor, me senté a ver en silencio la final del fútbol colombiano en televisión. Ganó Nacional. Fue la primera escala en la espera del sueño que no llegó.

A la siguiente jornada de rodaje el equipo ya se había enterado de lo sucedido. Hubo condolencias sobrias, esparcidas. Carmen se acercó a mí y lo único que dijo fue “gracias por venir”. Yo asentí agradecido y procedimos a trabajar.

## Sacrificios 2

La gente supone que por haber estado ligada a la ya mítica Movida madrileña Carmen es un personaje bohemio y amante de la vida nocturna. Nada más alejado de su personalidad. En realidad es bastante zahorria. Es difícil que se tome un trago y la entusiasma más el inicio temprano de una jornada de trabajo que la extensión de una noche de fiesta. Almodóvar, cuando aún eran amigos, tenía una parada regular en su casa para dejarla antes de continuar la marcha con los demás.

Tal vez esto tuvo que ver con sus orígenes. El mundo artístico y sus arandelas llegó a ella cuando ya tenía otra vida formada. Era la esposa de un tipo importante, muy ligado al poder en España, y llevaba la rutina convencional de una mujer acaudalada en Europa. Pero un día la actuación se le atravesó y ya nada volvió a ser igual. Le dijeron que eso no podía ser su vida y ella se empeñó. Esto le costó que la separaran de sus hijos por muchos años.

Quizás este pasado le sirvió para identificar lo que pasaba por mi cabeza con la muerte de mi mamá y mi obstinación en continuar rodando. Quizás. juzgen ustedes mismos. ☺



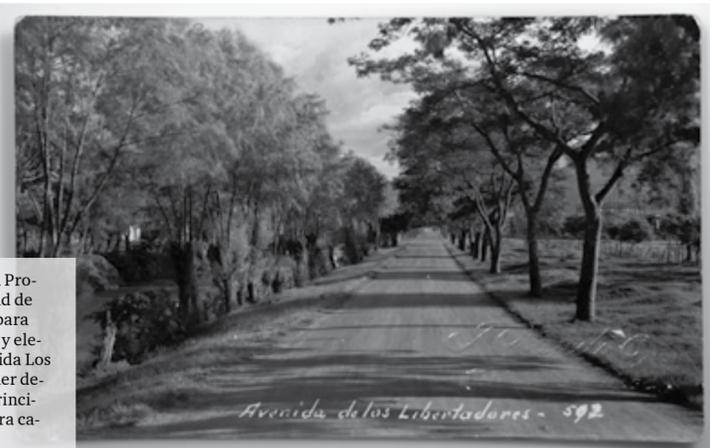
Solo un fantasmal soldadito acompaña el cadáver de Marco Fidel Suárez y su caja. El dorso de la gran cucaracha que está sobre la pared es solo la tapa del ataúd. Los sueños de Luciano Pulgar.

**J.N. Gómez. 1927**



-Hace 100 años la revista Progreso hablaba de la necesidad de rectificar el río para hacer "para hacer el paseo más hermoso y elegante de la ciudad". La Avenida Los Libertadores. Según el primer decreto serían "dos calzadas principales y otras secundarias para calbagaduras y bicicletas".

**Jorge Obando. 1940**



Alberto Palacio Roldán tomó esta fotografía en 1956, no pensando en una exposición o por afán amarillista, sino como algo rutinario. En la época muchas familias de Medellín cuando perdían un bebé, pues mandaban hacerle una foto, para mantenerlo vivo en el recuerdo. Era otro sacramento, en este caso el único.

**Alberto Palacio Roldán. 1956**



¿Matrimonio por conveniencia? Tipógrafo, escritor y músico, el fotógrafo antioqueño Benigno Gutiérrez también tuvo tiempo para entregarse a las mieles del amor, como se evidencia en el retrato de su boda con una damisela de cuyo nombre no queda registro. Dicen, no nos consta, que la escogió por fotogénica.

**Benigno A. Gutiérrez. 1927**



-La Quinta de Pastor Restrepo tiene raíces envidiables, tan fuertes como el enorme caucho que se levanta hoy al frente a sus puertas y ventas cerradas. Es la única casona que sobrevive en el Parque Bolívar. Y en lo que fue su solar, está La Estancia, para beber barato donde vivían los ricos.

**Pastor Restrepo. 1875**



El travestismo ronda nuestras culturas y costumbres y, de hecho, como dice Chesterton, cuando los hombres queremos vernos con mayor dignidad nos ponemos una falda, tal como lo hacen los curas y los jueces. En esta fotografía de 1914, Benjamín de la Calle capta la transformación de Ricardo Correa A., quien posa y sonrío a la posteridad con femenina picardía.

**Benjamín de la Calle. 1914**

El 1870, el fotógrafo Pastor Restrepo captó esta imagen de Epifanio Mejía, que para entonces llevaba apenas dos años en el mismo manicomio donde moriría en 1913, después de permanecer recluido por más de 40 años. El autor de La Tórtola lo fue también de El canto del antioqueño, que se convertiría en el Himno de Antioquia. Cosa curiosa, el gran poeta se enloqueció el mismo año que lo escribió. ¡Oh libertad que perfumas!

**Pastor Restrepo. 1870**



Esta fotografía de Manuel A. Lalinde, tomada en 1910, nos muestra el interior de las galerías de la Plaza de Cisneros, corazón comercial de Medellín y edificio emblemático de la arquitectura decimonónica hasta 1973, cuando fue definitivamente abandonado para terminar convertido en esa cosa conocida como plaza de los palitos. Por la soledad en los amplios pabellones, se ve que en esos tiempos tampoco se comía carne.

**Manuel A. Lalinde. 1910**



-Las modelos de moda de la época tienen la mirada perdida en las fotos de las revistas francesas. Las flores de azúcar eran costumbres al comer y al vestir. El abanico había pasado a la cabeza en forma de moña.

**Benigno A. Gutiérrez. 1920**

El archivo fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto tiene un millón setecientos mil fotos. En vidrio, celuloide, positivos, tarjetas de visita, estereoscópicas, fotocopias en poliéster. Parte de ese inmenso cajón acaba de ser incorporado al Registro Regional de Memoria del Mundo de la Unesco. Dejamos un álbum diminuto y arbitrario.

# Álbum de memoria

# MADONA A TREINTA MIL



por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Ilustración: La Mona

El día del concierto de la Diva del pop, John tenía vencidos los servicios públicos. Como nunca ha sido bueno para las cuentas, la Mona no sólo se las hizo sino que llamó a Hugo Caro, un amigo común, para que escoltara a John en el pago. La llegada de Madonna tenía alborotada la ciudad. A medida que se acercaba la hora, los trancones eran peores. Sólo una cosa estaba pasando en el mundo. Pero ni Hugo ni John tenían pensado asistir. Las boletas estaban por las nubes.

De milagro, lograron que el bus de Laureles los llevara desde el centro hasta el edificio de EPM. La cola de deudores morosos parecía aún más larga que la del concierto.

Desde hacía tres meses, Gabriel, melómano de cincuenta y cuatro años y biblia del rock, no cesaba de tararear su estribillo: me voy a perder esto, me voy a perder esto. Ahora John y Hugo tenían la misma frase entre ceja y ceja. No aguantaban la idea de ver pasar el carro de la Historia. Había que hacer algo. Hasta Pineda, que era más aficionado a la onda pesada de Led Zeppelin y Black Sabbath, parecía ablandado con la llegada de una diosa que no era propiamente de su devoción. Me voy a perder esto, me voy a perder esto.

Entonces decidieron arrimar por Pineda para ir al Estadio, solo con la intención de novelar.

En el camino, se unieron a la romería Lina y Natalia, una pelada a la que John andaba echándole los perros. Cuando se acercaron a las afueras del estadio, los recibió el pregón de los revendedores:

vendo boleta, vendo boleta. Moscardones obsesivos detrás de un dulce cliente.

A las cuatro de la tarde, Hugo, que apenas tenía cuarenta mil en el bolsillo, se atrevió a preguntar por el valor de las entradas. Costaba 130 mil la más barata, en cancha general. No había manera. Decidieron ir a tomar cerveza a una tienda cercana.

En esas andaban, cuando John vio pasar a unos conocidos, que avanzaban presurosos, con el temor de no alcanzar puesto y les dijo: Préstennos esas boletas y nosotros chicaniamos. Lina tomó las fotos donde se les ve mostrando unas entradas a las graderías de Norte, las mismas imágenes que ahora están en Facebook.

Mientras tanto, Gabriel, volvía a la carga con su cantinela: Nos vamos a perder esto, no me lo voy a perdonar nunca. John lo consolaba diciéndole: Gabrielito, tú sabes que estamos en periodo especial, sino yo mismo te invitaba. Iban de un lado para otro, prendían un barillo mientras Hugo volvía a preguntar por el precio de la boleta. Lina no aguantó la espera y se abrió para otro combo con la ilusión de conseguir la entrada. A las seis, las boletas andaban a ochenta mil. Vendo boleta, vendo boleta, decía sin tregua el revendedor. Así que John se acercó y le dijo:

—Hagamos una cosa. No tenemos sino treinta mil. Cuando estén a treinta, nos buscás, que acá estamos, para que no nos gueveonís tanto.

Gabriel los previno porque tal vez esas boletas eran falsas. John se entretuvo haciendo reír a Natalia, buscándo-

le el ladito. Entonces, como a las ocho, se acercó el vendedor a decirles.

—Ya se las tengo. Las cuatro quedan a treinta.

No puede ser, dijo Gabriel, esas boletas deben ser falsas, nos van a tumbar. El vendedor alcanzó a oír esto y, señalando a John, se destapó.

—¿Cómo los voy a tumbar, home, si yo al cucho le he vendido hasta boletas pa toros!

—¿Y es que vos vas a toros? —rechistó Natalia, la pretendida. A partir de ese momento el ligue se rompió. Ahí perdí el año, boletiado del todo con Natalia.

Pese a los malos augurios, compraron las boletas. Natalia propuso que entraran de una vez, porque ya eran las nueve y había que coger buen puesto. Entonces su malogrado pretendiente aclaró que él no iba a entrar así como estaba. Tenía que ir a ponerse una pinta a la altura de Madonna. Gabriel, la biblia, dijo que el no se movería de allí. Y se quedó con Natalia mientras los otros dos iban al centro a cambiarse.

John no salía del baño y ya era muy tarde. Hugo tuvo que patear varias veces la puerta. Vámonos, vámonos. Al final, John salió con pantalones amarillos y camisa rosada, mientras Hugo optó por un cachaco sencillo. Les quedó tiempo hasta para comprar media de guaro y otros juguetes. En el taxi se echaron la media al buche, conscientes, como buenos ciudadanos, de que al estadio no se podía entrar alcohol.

La mayoría de la gente estaba dentro del Atanasio cuando llegaron, caminaron tranquilos por la espiral de ba-

randas, les revisaron tres veces las boletas: temblábamos con el temor de que fueran falsas.

Entraron a las diez, en el prologo de música electrónica, que antecedía a la salida de Su Majestad. Después de tantas horas de espera el fagot del estómago también empezaba a afinar. John se despachó dos sandwiches cubanos y un par de Redbulls, mientras observaba el éxtasis de las locas que bailaban con sus atuendos de fantasía. Llamó a la Mona para chicaniarle, y ésta se alarmó al pensar que su amigo se había gastado la plata de los servicios.

Gabriel comentó que a un amigo suyo lo habían sacado de Norte por fumar marihuana. Hugo andaba asombrado de ver la manera cómo se cotizaba la bolsa de agua en el estadio. De un momento a otro había subido de tres a seis mil pesos en cancha general. John, que también andaba sediento, se acercó a reclamar por el abuso de los vendedores. Hubo un cruce de expresiones irrepetibles que llamó la atención de la policía. Por favor no peleen, dijo un uniformado. Reconoció que la bolsa de agua estaba muy cara, y consintió en que bebieran de su propio garrafón, con la condición de que le devolvieran los vasos desechables.

De pronto, mientras refrescaban sus gargantas, los sorprendió la aparición de la Diosa en el escenario. Las locas, que hasta ese momento se habían agitadas como en un trance haitiano, se quedaron estáticas, hechizadas por la aparición de la mismísima Reina. ¡Cómo era posible, pensó John, que todo fuera real por treinta mil! ☺



Medellín vive y convive con la diversidad sexual y de género

Carrera 48 No. 57 - 21 Sector Villanueva  
Teléfono: 385 8479  
E-mail: [centrolgbtimedellin.gov.co](mailto:centrolgbtimedellin.gov.co)  
Facebook: Centro Diversidad Lgbti  
Twitter: @centrolgbtimedellin

Centro para la diversidad sexual y de género



Alcaldía de Medellín



Andrés Arango Lalinde  
**Reno mágico**  
Mixta sobre papel  
20 cm x 17.5 cm  
2012.

# Experto en muros blancos

por LUCÍA DONADÍO Y  
ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Fotografía: Julián Roldán



Oscar Hernández, poeta sin ciudad y sin horario, a cinco días de cumplir 87 años, espera sentado en un sofá en la sala de su casa. De una de las paredes cuelgan los recortes amarillentos de las columnas de opinión semanal que ha publicado durante cuarenta años en el periódico *El Colombiano*. Papel sobrante se llama la columna y sus recortes lucen como un tendedero de ropa vieja.

El poeta espera como si en realidad le sobrara algo: el barrio, la casa, las horas; cansado de esa ciudad con la que llenó sus columnas por tantos años: de su alarde, de su caos, de su política.

“A mí las ciudades no me gustan – dice desde su sofá–. Mientras más grandes y más hermosas, peores. Son una enfermedad”.

\*\*\*

Llegamos a la puerta del garaje media hora después de haberlo llamado. Nos recibe con alegría de niño. Uno de nosotros –Lucía, editora de Silaba– lo conoce desde hace años.

Esa casa del barrio Belén Los Alpes, que compró con el sudor de múltiples oficios y modificó a medida que crecía su familia –cuatro hijas y un hijo–, la partió y les entregó su parte en vida. Alargó el muro del garaje, atravesó la sala y lo llevó hasta el patio, y se quedó viviendo solo en un garaje alargado de unos cuarenta metros cuadrados.

Al principio dejó una puerta entre ambos espacios, pero con la llegada hace siete años de una sobrina venida del Sur del país, a quien él acogió, decidió separar por completo su vida. La explicación que él da es quizás más poética. A lo largo de los años tuvo veintiocho automóviles que recibía como pago de deudas y cambiaba con facilidad, pero un día se cansó de ellos.

–En la ciudad no hay por dónde moverse, y como me quedé sin carro me metí al garaje.

\*\*\*

El poeta Juan Manuel Roca, quien preparó una antología de poemas del libro *Las contadas palabras* publicada en 2010 por la Universidad Externado

de Colombia, dice que “las nuevas generaciones, como suele ocurrir con poetas escondidos por la niebla de la falta de crítica o por la neblina pasajera de la moda, vuelven ahora sobre los poemas de Hernández y encuentran en él a un hermano mayor, despojado y humano”.

No hay un poeta en ejercicio más viejo en Colombia; Álvaro Mutis tiene 89 años y Rogelio Echavarría 86, pero hace años que no publican. A ese redescubrimiento del hermano mayor de la poesía antioqueña se suman el libro *Un hombre entre dos siglos*, antología de poesía y prosa publicada por Silaba Editores y la Alcaldía de Medellín en la colección *Letras Vivas* (2011), y *Experto en muros blancos*, que hace parte del libro *Dos poetas colombianos*, publicado por la misma editorial y el Ministerio de Cultura (2012).

La vida de Óscar atraviesa dos siglos de letras en Medellín. Es paradójico: es quizás el poeta más aislado con la vida pública más intensa de su generación. A los doce años fue jefe de la Comisión de Hormiga Arriera en la zona cafetera del Quindío: tenía dos trabajadores a su cargo. Con un hornillo y cianuro aplicaban veneno en las bocas de los hormigueros usando un ventilador. Tuvo un taller de mecánica, un restaurante, un café, un bar. Fue secretario de León de Greiff y cofundador del diario *El Sol*, donde escribían Manuel Mejía Vallejo, Fernando González y otros escritores de la época. Trabajó en *El Correo* como cronista, columnista, traductor y jefe de redacción. En *El Colombiano* también tuvo varios cargos, y lleva más de cincuenta años vinculado a esa casa editorial.

Este año la Universidad Autónoma de Nuevo León, en México, le encargó a los poetas Santiago Mutis y Samuel Vásquez una selección de poetas colombianos para una antología de “los veinte del veinte”. Óscar está al lado de los grandes nombres de la poesía colombiana del siglo XX: Fernando Charry Lara, Héctor Rojas Herazo, Álvaro Mutis.

“Óscar es un poeta necesario –dice Luis Arturo Restrepo, poeta y profesor de poesía colombiana–. Su obra ha mostrado coherencia. Era muy común que los poetas mayores empezaran escribiendo sonetos, pero Óscar desde el principio tuvo una obra contemporánea. Logra ir a temas cotidianos y tratarlos con una delicadeza que a otros poetas les da miedo. No se siente artificio, su poesía es pensada, sentida, genuina, muy vital; él es así”.

Luis Arturo toma un manuscrito que ha sacado de su maletín y lee: *Cuando muera el último clown / Si es que el amor permite su viaje final / Será un luto universal en colores / Llanto de niños con la nariz encarnada / Con sus trajes de retazos hechos del arco iris / Pero se dice que el último payaso / Ya no está entre nosotros*.

*Sin embargo mi padre en sueños me ha contado  
Que es una hermosa trampa de colores  
Con urnas pintadas a pistola  
Y que debo quedarme en casa toda la semana.*

Oscar Hernández, *Invitación*.

\*\*\*

El poeta no conocía a su sobrina. Ella no sabía nada de Medellín ni de su tío. Óscar hacía años que no hablaba con su hermana –“¿de qué íbamos a hablar?”–. Él tenía ochenta años y de la muchacha solo sabía su nombre bíblico, Sandra Sansón, y que venía a estudiar una especialización en Psicología. El primer día de clase la acompañó a la universidad. Tomaron un bus con un recorrido enrevesado. Sandra, curiosa, preguntaba. Con cada respuesta recibía una sorpresa: fui boxeador; otra pregunta: fui pescador y futbolista; otra pregunta: fundé el Partido Socialista de Colombia y compuse canciones.

La curiosidad de la Sansón daba para más, como si en las preguntas estuviera su fuerza. Le gustaba el cine y preguntó por *Rodrigo D*. Entonces Óscar bajó el telón de un recorrido de película: yo era el papá de Rodrigo y estuve también en *Sumas y Restas*; en total he actuado en nueve películas.

–¿Actor de cine?  
–Es más fácil actuar que escribir un poema –le dijo.

La sobrina supo que se quedaría con ese tío. Vivió con él tres años, en un minúsculo cuarto al fondo del garaje. Lo veía cada día, al final de la tarde, cuando ponía una grabación del rosario y rezaba caminando desde el cuarto hasta la puerta del garaje. Óscar no solo se asume como un hombre de izquierda, sino también como un ser profundamente religioso. “La revolución rusa no hubiera perdido nada si no tocaban la religión. Habría ganado en moral. El hombre es un ser religioso por naturaleza”, dice.

El último martes de cada mes, mientras escribía las cuatro columnas de Papel sobrante que publicaría el mes siguiente –todas en una misma noche–, Sandra lo tranquilizaba cuando no encontraba las palabras; a veces lo acompañaba a la redacción del periódico para entregarlas impresas, porque no confiaba en el correo electrónico.

Hace cuatro años no vive con él, pero Óscar sigue llevando la misma rutina y Sandra sigue siendo su fiel escudera. Lo visita semanalmente, lo acompaña a los eventos literarios y coordina su último proyecto, *La casa del escritor*, cuya sede es tan acogedora y esquiva como un garaje: una página de Facebook.

Salimos a la calle y nos sentamos en una tienda. El poeta pide una copa de helado.

–Light, por favor –dice.

Acaba y pide una más.

–Light, light –dice como si quisiera estar dos veces vivo. Como si adelantara su cumpleaños para celebrarlo con nosotros. Lo invitamos a salir el sábado para escuchar tangos y celebrarlo, pero nos dice que en casa tiene más de 800 tangos. Con eso le basta. Ama a Gardel desde los nueve años.



\*\*\*

Medellín ha sido tierra de poetas y de cacharrerros –como dice Hernández– y se enorgullece de tener el festival internacional de poesía “más grande del mundo”. Muchos se enloquecen por la poesía durante esos diez días. Nos apeñuscamos en auditorios y parques, nos peleamos por un puesto, aplaudimos con más fuerza al poeta que habla en otra lengua, lejana y desconocida, que a los nuestros. Óscar dice que es el circo de la poesía, y el poeta Jaime Jaramillo Escobar dice que aquí vuelan los poetas pero no la poesía.

Durante el resto del año los recitales de poesía son huérfanos. No hay multitudes para esconder el desconocimiento de la poesía que muchos llevan por dentro. A los recitales o presentaciones de libros de poesía vamos cinco o diez personas, entre los que no falta el “loquuto” que no sabe en qué verso de la vida está parado. Algunos nos asomamos por la ventana para ver qué pasa entre esos muros blancos, con curiosidad y miedo; como el gamán que en una ocasión le preguntó al poeta con ojos muy abiertos:

–¿Usted fue el que escribió ese libro?  
–Sí –contestó el poeta.

–Ah, yo no sabía que los que escriben libros estaban vivos.

“¿Qué sería de Medellín si toda la gente que asiste al Festival leyera poesía? ¿Qué sería del Festival si toda la gente que asiste leyera poesía? El Festival está carente de poesía, es un show”, dice Luis Arturo, quien participó el año pasado.

En los cientos de talleres literarios que hay en la ciudad se lee y se escribe poesía. La de los autores consagrados de aquí y de otras partes, y la de los jóvenes y viejos que muestran esa otra latitud de la vida en versos, anécdotas, crónicas y cuentos.

Lucía ha sido jurado de varios concursos, convocatorias y becas locales:

casi todos los que se creen poetas escriben un mar tormentoso de palabras vacías o un río contaminado de besos y abrazos que ahogan el amor. Unos pocos abren la puerta de la poesía y traspasan las fronteras de lo cursi, y van construyendo en silencio una obra sin apegos por la ciudad ni por el mundo.

En estos tiempos pocos poetas escriben sobre la ciudad. Los poemas caminan por otras avenidas, quizás dormidas, como en los poemas de Óscar Hernández: *Duerme la ciudad, pero no duerme la ciudad / Solamente abre los ojos / para atrapar en sus pestañas / los primeros asesinados / aquellos que de un solo golpe / perdieron sus historias sus zapatos / su beso final sellado con la amada saliva / de quien compartió sus lechos / su torta de maíz sus cuatro hijos / y todo aquello que seguirá viviendo / en un olvido al que llaman recuerdo...*

–La ciudad no ocupa un plano fundamental, la ciudad ni siquiera es amada –dice Óscar–. Es el escenario y la denuncia de los muertos. Uno puede ignorar la ciudad en su poesía. No es ninguna condición ni una ordenanza. La poesía está en cualquier parte. Recuerden lo que decía Borges: “esto no lo escribo yo, esto lo escribe el Espíritu Santo”.

–Entonces, ¿qué salvaría de la ciudad?  
–Ese pequeño rincón donde está uno con su mujer... Pero puede estar en cualquier parte del mundo, sin ciudad. Tanto el amor como la poesía podrían existir más calmadamente sin la ciudad. Y esa es mi idea sobre la ciudad. No le tengo ningún amor ni afecto especial. Nací en Medellín, pero no tuve la culpa.

\*\*\*

Los poemas de Hernández brotan entre las paredes de su garaje, de espaldas a la urbe, que no para de poblarse de muros y de gente. Allí ha construido una

teoría para solitarios. Dice que el encierro hace que la gente conviva mejor. No puede concebirlo de otra manera.

–Si uno está en una habitación donde difícilmente entra el sol, con tres, cuatro o cinco personas, durante mucho tiempo, terminamos por identificarnos, por amarnos...

–O por matarnos.  
–Muy difícil, se lo digo por experiencia: fui soldado, interno de un colegio y estuve en la cárcel durante quince días por razones políticas, y nunca sentí malas inclinaciones por los demás ni de ellos hacia mí.

\*\*\*

Dos días antes del cumpleaños visitamos al poeta. Llevamos torta dietética, vino, empanadas argentinas y helado. Las empanadas debían ser de Versalles, las más famosas de la ciudad, pero no las pudimos comprar allí; el helado debía ser *light light*, pero no había en la tienda adonde fuimos; acordamos no hablar de las empanadas y decirle que el helado era “medio *light*”.

Salimos al patio, que está cubierto por un techo de madera y en el interior tiene una mesa plástica blanca con una sombrilla de colores. Los muros son grises, sin revoco. En uno de ellos crece una enredadera. En una esquina hay una siempreviva que sembró su hijo Óscar Luis, muerto hace cinco años. Murió a los 51, un 14 de febrero, la misma fecha que escogió su padre para fundar la casa del escritor, un lugar no lugar para tener adonde ir.

En los muros del garaje tiene colgados cuadros de sus nietos. De Tatiana, la mayor, un autorretrato y un retrato de él; de Ricardo, una silla pintada con acuarelas cuando tenía siete años.

Los cuadros no sobresalen ni pasan inadvertidos. Conviven con los recortes de Papel sobrante; con las copias de las ilustraciones que hizo Fernando Botero, cuando era un joven desconocido, para el primer libro del poeta; con las cartas que le enviaba Fernando González al leer sus manuscritos; con las quejas de Jorge Amado –sorprendido con *Versos para una viajera*, escritos de un tirón la noche antes de la partida de una enamorada–, quien no entendía por qué esos poemas no cruzaban las fronteras colombianas.

Es un decorado vital, sin vanidad, que le hace compañía.

Servimos el vino. Óscar se resiste, pero al final acepta una copa que mezcla con agua. Ponemos la torta y las empanadas sobre la mesa.

–¿La torta es *light*? –pregunta Óscar.

–Claro, es dietética –dice Lucía. Empezamos la celebración anticipada del cumpleaños del poeta comiendo las empanadas. La carne amenaza con delatarlos, parece atún de lata.

–¿Son de Versalles? –pregunta Óscar.  
–No pudimos ir hasta allá –dice Alfonso, asumiendo la culpa.

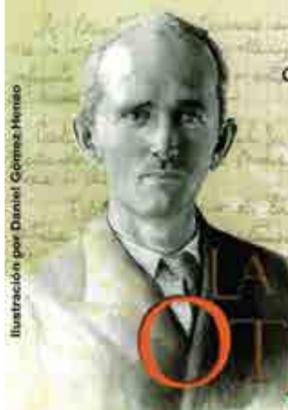
–Mmmmm. Partimos la torta *light* y servimos el helado “medio *light*”. Alzamos las copas y brindamos por la salud del poeta.

–¿El helado es *light*? –pregunta Óscar.

–Es “medio *light*” –dice Lucía.  
–¿Entonces ustedes me creen “medio bobo”?

Una carcajada juvenil retumba en el patio, en esa mesa plástica blanca cubierta por una sombrilla de colores. La noche es cálida y nosotros parecemos confinados en una playa inverosímil.

–Eso soy –dice–. Me gradué en estos muros. ☺



Calle 27 Sur N° 43A – 61  
Teléfono: 448 24 04  
www.otraparte.org

Horario de atención:  
3:00 p.m. – 11:00 p.m.

## LIBRERÍA DE OTRAPARTE



**DR. GUSTAVO AGUIRRE**  
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

**CIRUGÍA CON LÁSER**

**Clínica SOMA**  
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

# 666 o el fin del mundo según Aphrodite's Child

por JOSE GABRIEL BAENA / RAYADURA ALZHEIMER

Por allá en La Antigüedad, en 1971, todavía podía oírse la misteriosa emisora La Voz de la Música, que había iniciado labores unos tres años antes. Digo misteriosa porque solo de vez en cuando se escuchaba al director y productor Aurelio Toro, con una voz de zombi recién salido de su tumba, recitar el lema: "Desde Envidado, cambiando el sonido de una generaciónnnn". La Voz de la Música se especializaba en *no commercials* y jalones de obras que solían durar más de una hora, como la inolvidable *In a gadda da vida*, del grupo norteamericano Iron Butterfly, discos completos de Led Zeppelin, Jethro Tull, Frank Zappa, etc. Pero nunca nadie anunciaba lo que estaba sonando. A mediados del año mencionado irrumpió una obra de carácter épico y avasallador, de la cual pocos meses después veríamos "en vivo" los dos LP que la componían: 666 (*El apocalipsis de Juan, 13/18*), del grupo Aphrodite's Child. Los dos vinilos sumaban 78 minutos redondos, sin cortes, una monotonía conceptual atrevida incluso para la época. Como en esos tiempos ya nebulosos no existía La Red, no había modo, queridos niños lectores, de saber algo sobre el grupo. En el cartón de los discos de vinilo solo se podían leer extraños nombres que después supimos eran griegos: Vangelis Papatassiou en el órgano, piano, flauta, percusión, vibráfonos y voz de fondo; Demis Roussos en el bajo, coros, voz directora de sopranino castrado en algunos temas; Lucas Sideras y Silver Koulouris en los tambores, guitarras, voces corales y directoras, un sinfín de atributos. Había otra media docena de artistas, entre los cuales se destacaba la cantante y actriz griega Irene Papas, lo cual nos daba la clave del origen del grupo, Grecia la Grande. Veamos:

**Irene Papas:** Nacida en 1926, considerada la mejor actriz del cine griego del siglo XX, junto con Melina Mercouri. Protagonista desde 1953 de más de sesenta películas griegas e internacionales. Trabajó con los grandes directores de Hollywood cuando la palabra director importaba un pepino (o mejor medio pepino) en los créditos y en los carteles. Se especializó en interpretar a las figuras femeninas más sufridas de las tragedias del Siglo de Oro de Pericles: Antígona, Electra, Clitemnestra, Medea. Cantante, además, participó en decenas de grabaciones, básicamente de temas nacionales y del Mediterráneo.

**Demi Roussos:** Cantante y músico griego, nacido en Alejandría, Egipto (1946), pero llevado muy niño a la patria de sus padres. Participó como cantante de estridente voz en grupos pop juveniles y se unió en 1968 a la banda Aphrodite's Child, cuando ya estaba Vangelis en los teclados. Habían grabado un par de LP cuando el cuarteto, radicado en Atenas, tuvo que marchar-



se a París amenazado por El golpe de los coroneles contra la monarquía. Entre 1970 y principios de 1971 prepararon el álbum que los llevaría al Olimpo del pop and rock, el disco que nos ocupa hoy, obra basada, como ya dijimos, en el Apocalipsis de Juan, primordialmente enfocada en los versículos que hablan de la Gran Bestia, las Siete Trompetas y los Siete Sellos: "Cualquiera que tenga inteligencia puede descifrar el número de la Bestia. Es el número de un hombre. Este número es... 666". Esta opus monumental, dice Wikipedia, "les vale el reconocimiento de la crítica como pioneros del rock sinfónico, y la censura en algunos países debido a los supuestos mensajes satánicos y obscenos. En uno de los temas, la actriz Irene Papas grita repetidamente una frase ambigua en una mezcla de éxtasis alucinógeno y orgásmico; y el segundo vinilo concluye con la frase "do it", "hazlo", que fue suprimida en Estados Unidos. 666 es considerado como uno de los álbumes más influyentes de su época y todo un hito de la música con-

ceptual, alabado, entre otros, por el pintor Salvador Dalí".

Ya establecido el fondo de sus músicos, miremos la carrera de Vangelis Papatassiou (1943) lo más rápido posible. Es el mayor de la banda, tecladista inquieto en el piano, el órgano eléctrico y los vibráfonos, cuando apenas se estaban inventando los sintetizadores y mucha gente no daba un denario por su futuro. Quizás el temprano éxito de Aphrodite's Child se deba al sonido misterioso y atrevido que les puso Vangelis, una verdadera marca de fábrica. Después del superéxito de 666 ya nada fue igual para Vangelis, quien empezó a producir música con la velocidad de su respiración: una incontable cadena de álbumes ya instrumentales, ya en colaboración con algunos grandes del rock, música para el cine, la ópera, el teatro, eventos de multitud. Muchas veces su música no iba firmada, por ejemplo, para acompañar películas excelsas como *Blade Runner*, y Vangelis la lanzaba como bomba de profundidad para



ver hasta dónde llegaba su explosión. Anotemos que nos parece una curiosidad que el nombre de Vangelis— así, con una tilde en griego original— era Evángelos Odiseas, lo que podría interpretarse como el nuevo Odiseo que trae el Evangelio o el mensaje. En todo caso algo extraño o enigmático, pero tan extraño como ha sido el mundo desde el principio de los tiempos, para no ponernos con idolatrías.

Citemos algunos superéxitos de su carrera musical en diversos campos: *Albedo 0.39*, música cósmica, 1976. Este álbum llamó la atención de la Asociación Internacional de Astronomía, que le concedió el honor de poner su nombre al asteroide 6354; música de fondo para la serie de TV *Cosmos* de Carl Sagan, finales de los años 70; *Carros de fuego*, 1981; *Elektra*, 1983; *Frankenstein o el moderno Prometeo*, 1985; *La Bella y la Bestia*, 1986; *Francesco*, sobre la vida de San Francisco de Asís, 1989; *Medea y La conquista del paraíso*, 1992; *Las troyanas*, 2001; *La Tempestad*, 2002.

Las letras de las canciones de nuestro álbum doble fueron escritas por Costas Ferris. Algunas veces citan el Apocalipsis, otras veces se convierten en canciones de amor imposible en vista de la tragedia que se cierne sobre la tierra. Escuchemos unas pocas:

### Loud, loud, loud, loud

El día en que las murallas de la ciudad se derrumben, descubriendo nuestras almas desnudas, empezaremos a cantar, a gritar, a aullar, intensamente, duramente, duramente, duramente.

El día en que los caballos del circo dejen de dar vuelta en la pista, se irán a correr por los verdes valles, y nosotros cantaremos, lloraremos y gritaremos, intensamente, duramente, duramente, duramente.

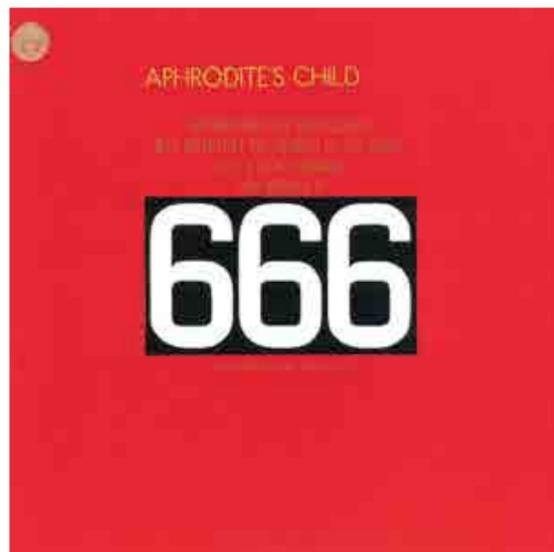
El día en que los autos se apilen en montones, con sus ruedas girando en vano, nosotros correremos a lo largo de las vacías autopistas, gritando, aullando, cantando intensamente, duramente, duramente, duramente.

Vendrá el día en que todos despertaremos, oyendo el gozo, gritando de gozo, y gritando junto con los locos intensamente, duramente, duramente, duramente.

El día en que el mundo gire y se invierta de pies a cabeza, correremos juntos dando vueltas alrededor, alrededor, aullando, gritando, cantando intensamente, duramente, duramente, duramente.

### Altamont

Esta es la vista que un día tuvimos de la Alta Montaña; vimos un Cordero con siete ojos, vimos una Bestia con siete cuernos, y un libro con siete sellos; siete ángeles con siete trompetas y siete cálices llenos de cólera. Estas son las imágenes de lo que era, de lo que es, de lo que vendrá. Nosotros somos el pueblo, el pueblo rodante, el pueblo del por qué, el pueblo que espera, el pueblo que desea, el pueblo del tamborcillo, el pueblo alternativo, el pueblo del ángel. ☪



Vida, seguridad y convivencia para el corazón de Medellín

Yo Soy Cultura Espacio Público



# Noche de urgencias

por PAULA CAMILA OSORIO LEMA

Ilustración: Tobías

U no no sabe cuánto quiere a algunos parientes hasta que alguno se enferma o accidenta y toca cuidarle una amanecida. Esta noche, que será muy larga, me corresponde la tarea. Seré visitante y, empujada por las circunstancias –y el humo–, miro a desdichada. En principio mi única intención será leer y cuidar al durmiente, pero para las tres y media de la mañana estaré lamentando no haber llevado libreta para tomar apunte al menos de la secuencia, porque en noches así la memoria guarda los eventos pero en desorden.

A mi tío, que es un tipo muy solo, muy menudo, muy tímido, muy asustadizo, lo arrolló una moto mientras atravesaba una avenida y le fracturó el fémur cerca de la cadera. Tiene 62 años, y este será su tercer amanecer en esta camilla de aluminio, sobre esta colchoneta que se desliza al menor movimiento, cubierta por esta sábana que dice “Metrosalud. Empresa Social del Estado”. Durante el transcurso de la noche, con la ayuda de algún amigo por accidente –visitantes como yo–, tendré que arrastrar la colchoneta hacia arriba muchas veces, y todas esas veces veré el rostro de mi tío contraerse de dolor por una fractura imposable en condiciones imposibles. De todas formas, interrumpiré su sueño en tres ocasiones, una para decirme que se pone nervioso cada que salgo a fumar, otra para comer y llenar crucigramas, y la última de puro susto. A la mañana, en la despedida, dirá que Dios ha sido muy bueno con él por una razón de la que ya no me acuerdo, porque para poder quedarse con algunos recuerdos hay que deshacerse de otros, y también, probablemente, porque no imagino dónde pudo haber visto a Dios esa noche.

\*\*\*

Es sábado de amor y amistad en la unidad intermedia de una comuna con barrios donde los pelaos se dan bala y la gente paga vacuna, como todas. Son las ocho, o por ahí. Afuera corre una avenida, y enfrente se levanta, solitario y oscuro, un extenso parque con canchas, moles y senderos construido en el nombre de una paloma muerta. En la acera hay un caspate donde venden tinto y co-sitas, más acá de la cerca verde que rodea el edificio hay unas escaleras y una rampa, y arriba, coronada por un letrero de neón, está la entrada a Urgencias. Los porteros no sonrén, casi no hablan, aunque el transcurso de la noche se encargará de suavizarlos. Son dos, muy jóvenes, uno moreno y otro bruno. Tras otra puerta, más allá de una sala de espera, se abre un corredor que se bifurca

a derecha e izquierda. A la derecha está el puesto de las enfermeras, con sus uniformes y sus caras largas bajo la única luz que no se apaga en toda la noche. Tampoco sonrén, y evitan con desidia el contacto visual con pacientes y visitantes. Frente a ellas, enfiladas en ele, hay una decena de camillas con idénticas colchonetas e idénticas sábanas, en algunos casos separadas por cortinas de color hueso. En la cabecera de las camillas un letrero anuncia el número del paciente y las palabras “little bed”, penosa traducción con la que quién sabe qué tarado pretende educar al pueblo raso en bilingüismo. Al fondo, en el medio, está el tío, entre un señor que interrumpirá su sueño solo una vez –para cagar–, la hermana de Marta y la hija de José, mis dos amigos accidentales.

A la altura de las diez, o por ahí, el tío se sienta y llena crucigramas con la ayuda de unas gafas prestadas. Yo leo, medio converso con José –que responde a todo con una sonrisa–, a ratos salgo por un cigarrillo, porque es en momentos así, de tiempo reptante, cuando uno más agradece su vicio. Luego el tío se cansa, mastica el par de pastillas blancas que le suministra la enfermera y se va quedando dormido. Las enfermeras van y vienen, sin mirar a nadie, casi sin parpadear. En el baño no hay papel y huele a diablos, y el señor del lado, a quien nadie acompaña, babea y ronca con la panza al aire.

Todo está quieto cuando llega un niño que ronda los seis años y en voz muy alta hace preguntas de esas que solo los niños hacen, para gusto de los visitantes y su tedio. Tras la inyección el niño grita, el sonido se propaga por la sala, el sobresalto va de camilla en camilla y en el rostro adormecido de mi tío se dibuja un miedo que otras veces he visto, porque el temor habita en el tío desde aquella tortura pasada que en familia nunca se comenta. No es nada, tío. Apenas un niño, por una inyección. Más tarde irrumpirán en la sala más gritos, un par de llantos, voces irritadas, pero ya nada alterará la incomodidad de su sueño.

\*\*\*

Pasada la medianoche, el tío duerme y la voz del niño se impone por encima de los ruidos hospitalarios: una tos, un ronquido, una respiración congestionada. En la sala de espera una señora bonachona vela la oxigenación de su hermano, y afuera, sentados en bancas bajo el neón, los acompañantes a los que negaron la entrada matan el tiempo en ese silencio expectante de las esperas hospitalarias.

Los gritos de una veintiañera bajo efectos de quién sabe qué venenos interrumpen la enfermosa calma de Urgencias. La sostienen de pies y manos un hombre y el vigilante bruno, y ella se reuerce, sacude su larguísimo pelo rubio, grita, la boca tan roja, los ojos inyectados en sangre, que le duele mucho, que le den algo, hijueputa. La recuestan sobre una camilla, le hacen preguntas que ella responde siempre a los gritos. En la sala de espera un niño también rubio de unos tres años, hijo de la veintiañera, aguarda a que la diligencia médica termine. Está solo y tiene los ojos empiamados. No se deja tocar, no habla, mira con algo de bronca a la desconocida que de buena fe lo interpela.

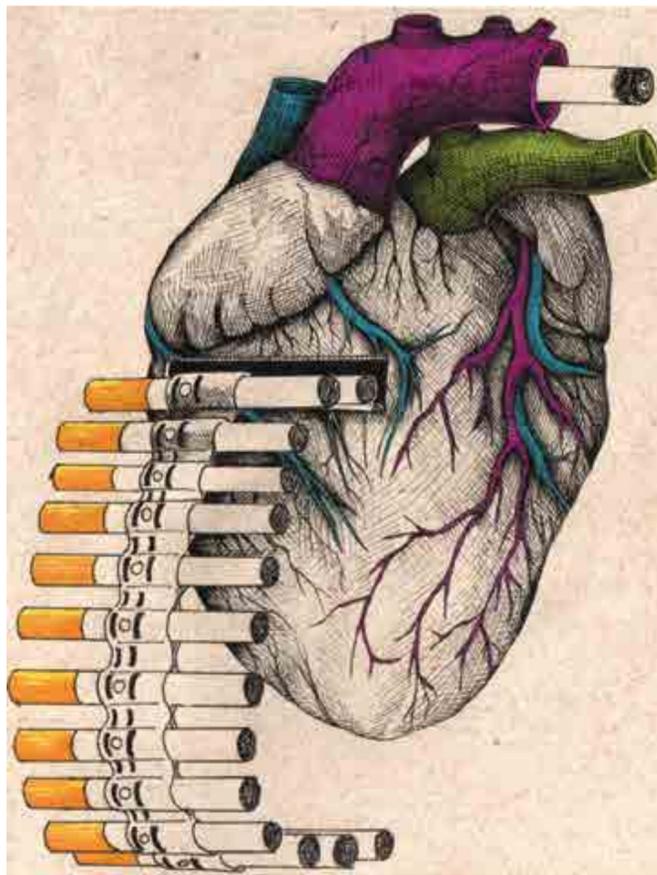
Ahí está sentado cuando llegan la muchacha y el muchacho, él herido y ella presa de un ataque de llanto que el médico a duras penas calma con poca

convicción. Al muchacho lo cascaron y por eso llora inconsolable la muchacha, que no es la novia aunque llora como si lo fuera. Está sentado sobre una silla de ruedas, sin camisa, y el contraste entre su piel blanca, los cardenales y la sangre no alcanzan el nivel de escándalo de la rubia y su dolor invisible. Más tarde, llegada la calma, la muchacha será obligada a esperar afuera y sentada en las escaleras tirará de frío. Lleno de buenas intenciones, el muchacho le dirá a la enfermera que la dejen entrar a cuidarle ese mareo que lo hace tambalearse, y la enfermera, sin mirarlo, le responderá “usted no necesita acompañante”. Frustradas sus buenas intenciones, el muchacho cederá a la muchacha su chaqueta, aunque tampoco servirá de mucho.

Ha pasado cerca de una hora cuando la rubia repite la escena con renovada furia en el piso del corredor. Ahora grita gonorraea, ustedes no me dan sino suero. Los mismos dos la levantan y la llevan otra vez hasta la camilla. El niño sigue solo, aunque lo acompaña por momentos el padrino, un señor parecido a Cosme el de Condorito al que la ternura se le ve patente en los ojos y el hablado. Que ella ha ido varias veces esa semana por el mismo dolor, que no se hace los exámenes por falta de plata, que el niño sí sonrío mucho aunque esa noche no. En ese tema estamos cuando la mujer, tambaleante, aparece y ordena nos vamos de acá que ya se me quitó ese hijueputa dolor, y me mira con insoportable odio, supongo que por entrometida. El señor se despide con decencia y los tres salen, y algo parecido al alivio me embarga al perder de vista esa mirada adolorida y furiosa.

\*\*\*

Ya deben ser las dos de la mañana, o por ahí, cuando salgo a fumarme el enésimo pitillo. Mi tío duerme muy quieto sobre esa endeble colchoneta que ya casi cuegla de la camilla. El portero moreno se muestra irritada cuando le pido que me abra la puerta. En la mano izquierda



sostiene la hoja de un bisturí, y del dedo índice brota un hilo de sangre que limpia con una gasa. Tras una breve discusión el tipo abre la puerta. Luego me aborda para decirme, con esa superioridad moral tan molesta de quienes creen que sus vicios son menos despreciables, que yo tan linda y fumando, qué asco. Respondo como puedo, en mente el consejo materno de que ni con secretarías ni con porteros se pelea, y le pregunto por el corte en el dedo. Entretenida como estaba con la tragedia de Pascual Duarte, esa alma de Dios, no me enteré de la llegada de una señora que mientras sangraba por un tajo en la nariz se disculpaba por la patanería del hijo, un borracho que –me contaría luego José– mascullaba “se van a morir, se van a morir”. Cuando el portero le impidió la entrada el hijo enfureció y le sacó cuchillo, pero muy rápido acudió el bruno, bolillo en mano, y después llegó la policía y todo se convirtió en un grandioso peo que me habría gustado presenciar, pero ni modo. Le pregunto si esa herida fue una cuchillada del borracho, y él no dice que sí, tampoco dice que no, y más bien me pregunta si sé guardar un secreto, me lo cuenta –o más bien me lo comparte–, y yo lo guardo, incluso aquí. Por la vía del secreto llega el portero bruno, que en su segunda semana tiene todavía intacta la valentía, y dice, enseñando el bolillo, “uno con esto puede matar a alguien”.

En mitad de la charla estamos cuando llega un taxi que transporta a un hombre y a una mujer. El hombre –un borracho más– se limpia con un pañuelo la sangre que le escurre por la frente, y entretanto discute con la mujer y no se oye sino la palabra plata. El taxi se aleja con la mujer adentro, y el hombre permanece afuera un rato que parece muy largo sin decidirse a entrar, como pasando la borrachera.

El cigarrillo también me ha ayudado a trabar con Marta una amistad que en lo que falta para que amanezca habré de agradecer varias veces. Ella sabe entender mi risa nerviosa, por momentos la comparte, y me acompaña en el fisgoneo impúdico de corredores y enfermos. Cuando me pierdo alguna escena, ella y José me ponen al tanto. Al regreso a la sala me dan detalles del caso del borracho y el cuchillo, y juran que la herida en la mano del portero es producto del altercado. A la mañana un portero del día me contará, con un poco de morbo y otro poco de indignación, que un tipo hirió a uno de los porteros de la noche. La historia que el moreno se guarda para dejar al rumor seguir su curso es que se cortó mientras pelaba un mango que tumbó de un árbol del hospital.

Pero ese, por supuesto, no es el secreto.



\*\*\*

Ya no sé qué horas son pero debo ir por el décimo pitillo, o algo así. El hombre que llegó en el taxi lleva mucho tiempo sentado en la sala de espera. El piso está salpicado de gotas rojas, y en la pared detrás de su cabeza hay un pegote bastante escandaloso, tanto como el riño que le recorre el cráneo. A las gotas se suma poco después la copiosa hemorragia de un muchacho al que estuvieron a punto de cercenarle el dedo quién sabe cómo. A él también lo acompaña una muchacha, pero ella no llora ni tiritita a pesar de tener el ombligo expuesto. El médico responde con diligencia, le envuelve la mano en gasa y esparadrápalo y le dice que la mantenga levantada porque eso es lo que hay que hacer en esos casos. La muchacha le sostiene el brazo, presiona la herida para estancar la sangre, y el muchacho se queja. En esas están cuando regresa la mujer que se había ido en el taxi, y con ella el taxista, que reclama su pago. El taxista se va, la mujer y el hombre conversan en voz muy baja, pasa un rato, el taxista vuelve, y así varias veces, y cada vez el taxista está más enojado y el hombre más sobrio. Entretanto, el niño preguntón espera el alta.

taxista, está sano, dice un portero, y el otro dice que ella debe ser prepago porque se montó adelante, que quién sabe qué negocio le van a proponer al conductor. A mi regreso al libro y al tío escucharé a una enfermera decir: “Las epees no reciben a nadie y acá sí tenemos que recibir a todo el que llega?”.

\*\*\*

Desfilan heridos más discretos, unos enfermos se van, otros llegan. Todo parece en calma aunque los porteros digan que la cosa no termina ahí porque así son los días especiales, como el de la madre, y a veces hasta peores. Después del décimo cuarto pitillo, o por ahí, recuesto la cabeza para dormir, porque lo que se dice dormir, doblada sobre una silla plástica, con la cabeza apoyada a los pies de una camilla –little bed– y un hormiguelo constante en la pierna –o el brazo–, queda muy difícil. Tras un rato que parece muy largo, sumida en eso que se parece al sueño pero no es, escucho a las enfermeras reírse con estridencia, y desde esa pseudo-vigilia tal irrupción me antoja maligna.

Cuando el sol termine de asomar por encima de las montañas, llegarán las enfermeras del turno de día y recibirán, con esa frescura de las recién bañadas, el turno de las malencaradas. Tras sacudir las extremidades y espabilar a la fuerza, saldré por otro cigarrillo y un tinto, me toparé a un borracho que dos policías han traído en una patrulla, escucharé otro sermón a propósito del vicio, me despediré de Marta y José y desespeararé de cansancio un segundo antes de que mi tía llegue a relevarme. Necesitaré no sé cuántas horas de descanso para sentir gratitud por Marta y José, por el humo que acompaña, por el secreto del portero, y algunas más para llegar a la conclusión de que esa noche Dios debió estar demasiado ocupado apaciguando el sueño de mi tío como para ocuparse de un sábado de amor y amistad en la Unidad Intermedia de una comuna como todas. ☺



**clases de Salsa**

Martes, miércoles y jueves  
3:00 - 4:30

Bar El Tibiri Tabara

Av. Libertador de la 70  
(Calle 17 N. 4-38-01 Medellín)

Se dan clases personalizadas en horarios de 2:00 PM - 2:00 - 6:00 PM

**Convierta su SLR fotográfica en una cámara de video profesional**

Soporte de hombro para paneo y largas sesiones de video

Micrófono unidireccional con condensador, conexión mini jack, zapata para montar en cámara

MEFFO CAMERAS

Sede Principal  
Calle 54 # 47 - 109 - 2ª - Local 110  
Tel. 5 71 40 56 / Cel. 310 538 32 21

Sede Obelisco  
Calle 74 # 46 - 32 - Local 111  
Tel. 5 20 15 86 / Cel. 310 538 83 04



# Cicatrices

por JUAN FERNANDO URIBE DUQUE

Fotografía: Juan Fernando Ospina

Si en camisa y sentado en una camilla el hombre exhibía las cicatrices de las heridas en su cuerpo que no lo pudieron matar.

—Esta fue un balazo —decía mientras señalaba el pecho con la mano—; entró por la espalda y salió junto al corazón, pero me operaron rápido en el Hospital San Vicente y me salvé. Esta otra fue por cuatro puñaladas —y exponía la evidencia en uno de los costados—; me las pegó uno que era dizque parcerero mío cuando estábamos en la fiesta de una pelada.

—¿Y la de la pierna? —preguntó el médico.

—¡Ah! esa fue por otro balazo que me pegó un policía cuando no pudimos coronar un trabajo en una bodega de Barrio Triste.

El muchacho seguía hablando sin demostrar fatiga alguna, ni la ansiedad propia de una consulta médica. Al contrario, se extendía en comentarios sin meditar en las revelaciones que hacía, confesando una a una todas sus fechorías. El médico supo de inmediato que el muchacho era de los que solucionaba rápidamente los problemas disparando un arma. Nunca le gustaron los puñales; aunque silenciosos no eran tan efectivos, y la costumbre de usar algo más rápido y preciso le hizo descartar las viejas navajas con las que de niño solía atracar en los parques del barrio.

Nunca fue muy locuaz ni amigüero, pero compartía con los compañeros de la banda las bondades de la acción, el vicio y el panorama desde la esquina.

En ese lugar privilegiado podían vigilar a todas las personas que caminaban por el barrio, a la expectativa siempre de la aparición del enemigo o de la policía dispuesta a la disputa del botín.

En los trabajos que hizo siempre existieron refriegas. Hablaba de atracos, extorsiones, secuestros *express*, robo de carros, o pirateo de furgones llenos de mercancía. Los camiones llegaban a la avenida grande, a la salida del barrio, y luego ellos los metían velozmente hacia los vericuetos de las callejuelas, en medio de los tugurios que se insinuaban en las primeras pendientes de la montaña de basura.

—Muchos tropes con los tomboos doctor —decía—. Cuando no lo quieren matar a uno entonces le quieren robar la mercancía que uno camelló. Hace unos días nos robamos unos computadores y por la noche, cuando estábamos parchaos en la tiendecita de doña Margarita tomándonos unos chorros, cayeron los tomboos y nos metieron en la patrulla, a mí y a otros tres parceros. Nos llevaron hasta el callejón de El Hueco y nos preguntaban que dónde habíamos encaletao los computadores, que si no les decíamos nos mataban, que habláramos de una, y nos pusieron los fierros sobre la cabeza. A nosotros nos dio miedo porque habláramos o no igual nos iban a matar. Entonces yo les dije que la única forma era si íbamos y negociábamos juntos porque todo no podía ser solo para ellos; que si querían matanos lo hicieran, pero que se quedaban sin la mercancía, perdían la plata, y terminaban embalaos porque a la salida del barrio los iban a estar esperando pa dales plomo. No les

quedó otra que aceptar y nos fuimos para los ranchos con cuatro tomboos, mientras los otros se quedaban gafiando desde la patrulla. Cuando entramos al primero de los ranchos estaban cinco parceros cuidando la caleta tomando guaro y enfierraos. Ahí mismo que vieron a los tomboos se les pasó la rasca y ya iban a dase candela, pero yo los tranquilicé y les dije que no hiciéramos escándalo, que los tomboos querían llevarse cuatro computadores y después se iban, que guardaran los fierros. En esas oímos que afuera se prendía un candeleo y antes de que pudiéramos salir a ver qué era lo que pasaba, El Guajiro, uno de los pelaos que estaba bebiendo, le estalló el mazo a un tombo en la cabeza y le apuntó a los otros tres, mientras nos asomábamos a ver cuál era el alboroto. Cuando salimos la patrulla tenía las luces prendidas y no había nadie. Nos acercamos, miramos adentro y vimos a un tomboito muerto, el más sardino de todos, así como de la edad mía, y ni rastro de los otros. Nos dijeron después que se los habían llevado detrás del morro, que a uno le sacaron los ojos y al otro le cortaron las gúevas, por faltones. A los otros los empelotaron, les robaron los fierros y los dejaron ir para que avisaran cuáles zonas eran de la gallada, que respetaran los trabajos, que si querían conseguir billete hicieran ellos mismos las vueltas, que pa eso estaban bien enfierraos.

—La cicatriz que tengo aquí es de hace diez meses —siguió explicando las marcas en su cuerpo—. Fue un tiro

que me pegó un tira del DAS después de un atraco al Banco Cafetero. Ese sí fue un rollo bien teso. Imagíñese doctor que habíamos ido El Chumi y yo como a las nueve de la mañana al banco, enfierraos con una metra y una Mauser de nueve milímetros que le habíamos quitao a un cabo de la brigada cuando se emborrachaba en una cantina de Belén. Así enfierraos entramos al banco y yo me fui derecho a la primera caja y El Chumi se quedó vigilando desde la puerta con la Mauser debajo de un saquito rojo que llevaba puesto. Y bueno, cuando yo estaba al frente de la ventanilla encañonando al cajero y esperando que me diera todo ese billetterío, aparecieron un par de tomboos de los verdes en la puerta y se pillaron el parche. Yo ya tenía parte del billete encaletao en una bolsa del Éxito y me abrí a un lao sacando la metra, mientras El Chumi, que estaba pegadito a la puerta, le disparó a uno de los tomboos y luego empezó a dase fruta con el celador. Yo corrí sin fijarme en nadie, salí a toda y detrás de mí salió El Chumi herido y uno de los tomboos gritando que nos cogieran. Pero qué va, ese man estaba cagao del miedo y lo único que hizo fue gritar, pero nos persiguió apenas hasta la vuelta y luego nos quedamos solos El Chumi, el billete y yo. En esas oí un disparo y El Chumi cayó y me dijo quejándose “pilas guevón que me dieron”. Yo que lo veo morirse y empué a correr muerto del susto pero sin soltar el billete ni el fierro. De una me tiré entre la gente que se abría y gritaba mientras yo corría más rápido, sudando como

si me hubiera tragao un motor, pero no sabía ni pa donde iba, ni quiénes venían detrás disparándome. Llegué a una esquinilla y me metí a un motelito donde van las parejitas a pichar. Subí unas escalas, vi una pieza con la puerta abierta y ahí me escondí debajo de la cama a esperar que todo pasara. Al ratico oí una gritería a la entrada del motelito y de pronto una patada en la puerta de la pieza y un man empezó a gritarme “hijueputa salí de ahí y entreganos la plata”. Frescos, les dije, aquí está, me arrastré por el piso y salí de debajo de la cama con las manos arriba y vi a esos dos tiras asustaos y coloraos como dos piscos, apuntándome con los fierros. Luego uno de los dos metió la mano debajo de la cama escudando y cogiendo la bolsa con el billete y la metra, y ahí mismo le dijo al otro “mirá guevón qué mundo de plata”, y yo parao ahí como una güeva, con El Chumi muerto y viendo como se me llevaban el billete. “Estamos hechos llave”, le respondió el otro, y después del trueno que me cegó no volví a saber nada hasta que me desperté en el hospital al otro día, todo operao, con esta cortada que ve, lleno de sueros y con una manguera dentro del chimbo. Lo que pasó fue que los tiras me dispararon y me dieron por muerto, y cuando estaban haciendo el levantamiento se dieron cuenta de que todavía respiraba, pero ya no me podían rematar y les tocó llevarme al hospital con el juez que hizo todo el papeleo.

—Dotor, es que a uno le pasan unos casos. Pero fresco mijo que la vida pasa y si uno se tiene que morir se muere. No

importa. De todas maneras ya le arreglé el ranchito a la cucha y a mi hermanito el chiquito le compré ful ropa y lo matriculé en el colegio de las monjitas, allá arriba por la cancha; además ya estoy viviendo en Santa Cruz con la pelada y estamos esperando un pelao para agosto. Ella se está haciendo el control aquí en el barrio, pero es mejor que vivamos por fuera porque uno nunca sabe a cuál man se le daña el corazón y la mete contra uno o contra la pelada. Y está bien que a mí me maten, pero a ella, mejor dicho, a ellos, ¡nunca!, no les puede pasar nada, ni a ella ni al pelao. ¡Uy! ¿Qué? ¿Cómo? ¡Me enciendo a bala con cualesquier hijueputa! Usté ya sabe que a mí casi no me importa morirme, si me tiran y caigo, fresco, que ya vi al Nacional championar, además ahí están los otros parceritos que me cuidan y a la bulla de tropel todos somos varones y con el que se tenga uno que doblar se dobla y fresco.

El médico asombrado miraba al hombre mientras hablaba y se ponía la camisa después de haberle mostrado las cicatrices.

—¿Y qué te pasa ahora? —preguntó el galeno.

—Es que tengo un dolor de estómago muy barro y una cagaderita con sangre.

—Vamos a ver —se dispuso el médico a examinarlo.

Después de un breve examen en la camilla el muchacho se incorporó y luego se sentó al frente del escritorio del médico.

—Tienes una amibiasis y eso te pasa por estar tomando agua cruda y estar comiendo cosas de la calle.

—¡Ah! ¿y entonces?

—Te voy a dar una formulita para que te alivies. ☺

**ceres**  
Mercado Orgánico

Ceres, Mercado Orgánico es una alternativa de consumo consciente y solidario con los campesinos agricultores, los animales, el medio ambiente y la salud. Nuestros productos son libres de agrotóxicos y transgénicos

Hortalizas, frutas, conservas y procesados  
Granos, Semillas y germinados, panadería artesanal  
Hierbas aromáticas, delicias vegeterianas  
Línea de hogar y aseo personal

Por tu salud, la de tu familia, y por respeto al medio ambiente: **¡Consumo alimentos sanos y orgánicos!**

☎ 266 5360  
📍 Carrera 35 # 8a 3, Barrio Provenza  
✉ contacto@ceresmercado.com  
📍 Ceres, Mercado Orgánico  
🌐 www.ceresmercadoorganico.com

VEN Y disfruta

**Mar y Cuba**  
restaurante bar

comida de MAR  
AL SON DE LA HABANA

☎ tel: 2308201  
calle 53#42-13  
2do piso

**Hombre Nuevo Editores**

Feliz Año  
les desea  
Hombre Nuevo  
Editores

Tel. 2 84 42 02  
Carrera 50D No 61-63 • Medellín  
hombrenuevo@une.net.co

**NUEVA**

**TU GATO**

**ARENA AGLOMERANTE**

Scoopable

Arena Sanitaria para Gatos Domésticos. **100% Natural**

Distribuidor autorizado:  
D y CH Tel: 2659679  
bast@une.net.co

Una deliciosa muestra de comida gourmet y artesanal preparada con ingredientes naturales.

¡info!

**El Jardín Vegetariano**

**366 2289**

Nurya Villa de Aburrá  
Cll 32B 81-41

**Vegarden**  
El Jardín Vegetariano

**Berlin Bar**  
Medellín - Colombia

Almuerzos Gourmet **\$9.000** Domicilios **266 29 05**

Calle 10 # 41-55

**ChickEnd**  
Clothing For Men

BLEND SHOP  
CRA35#8a-111

SHOWROOM  
CALLE 12# 13B-13

www.thechickend.com

**lenteja express**

Comida rápida vegetariana

Comidas ricas  
Nutrición  
Ligeros  
Vegetarianos  
Diversos  
Apto para niños

www.lentejaexpress.com

Se ha dicho que Guayaquil fue el puerto de Medellín durante años. El barrio de los truhanes y las putas al pie de la carrilera. El Barrio Antioquia también fue puerto en los inicios de la industria de la cocaína. La pista del Olaya Herrera estaba tras la reja. El libro de José Guarnizo sobre la vida de Griselda Blanco tiene ese capítulo. Aquí está.

# El Barrio

por JOSÉ GUARNIZO

Ilustración: Verónica Velásquez



La Patrona de Pablo Escobar, Editorial Planeta, 2012.

En una pared blanca al aire libre está la imagen de la Virgen de Guadalupe pintada a brochazos. Adelante se forma una medialuna de sillas ocupadas por seis jovencitas que conversan y que dan la extraña sensación de asistir a un grupo de superación y autoayuda. El cuadro lo termina de componer un aviso de letras rojas, que alcanza a acariciar la aureola de la Virgen y en el que se lee: "Tertulias de amor para mi Dios en el recinto de María". No es gratis que Barrio Antioquia se llame oficialmente La Santísima Trinidad.

El taxista se ha filado sobre la carretera 65, en un intento por llegar, sin hacerse notar mucho, a lo que fueron los dominios de Griselda Blanco. Un tórrido aliento a marihuana traspasa la ventanilla. De acera a acera comienza el territorio de una de las ciento diecinueve bandas de muchachos armados que existen en Medellín, como residuo de una pugna de más de treinta y cinco años por quedarse con el control de las plazas de vicio, de la coca al menudeo, de los puchos de bazuco.

Este es el paisaje de Barrio Antioquia: las peladas que le rezan a la Virgen; el vecino que se asoma a la ventana, y que a lo mejor sale todos los días a ganarse un salario mínimo; el pillo huido que mete marihuana en la esquina y que ve pasar con recelo el taxi que comienza a perderse entre los callejones.

"¿Por qué, a pesar de tanta mierda, este barrio es poder?" fue la pregunta con que la antropóloga Pilar Riaño tituló un artículo, resultado de una investigación en la cual indagó sobre los orígenes de este barrio de contrastes, en donde no nació Griselda Blanco —hay que decirlo, porque fue en Santa Marta— pero donde se hizo mujer, mamá y narcotraficante.

Dos doñas que están sentadas sobre la acera exterior de una casa todavía se acuerdan de la madre de Griselda: Ana Restrepo, una mujer que lucía una nube en un ojo, producto de las cataratas y a la que le decían la Cucha; y de su padre, Luis Carlos Blanco, conocido como el Pato. La una era prostituta, el otro, taxista.

En 1951, aquella barriada naciente, pegada incestuosamente al Aeropuerto Olaya Herrera, comenzó a untarse de la vida alegre. Todo gracias a un alcalde de Medellín, Luis Peláez, a quien se le ocurrió decretar que todos los prostíbulos serían confinados en una misma zona: el Barrio Antioquia.

Entonces, aquí llegaron no solo las putas, sino los contrabandistas de licor y de cigarrillo, los carteristas, los jiberos, los burócratas y oficinistas escapados de sus casas. Arturo Gallo Restrepo, un líder comunal de Barrio Antioquia, ya fallecido, dejó un escrito a máquina en el que se desahoga de lo que significó para la comunidad dicha medida administrativa:

"Fue tal el irrespeto del que fue víctima el sector que los vehículos oficiales llegaban cargados de prostitutas, recogidas en barrios cercanos al centro, como Las Camelias, La Bayadera y sobretodo en Lovaina. Con esto pretendían las autoridades eclesiásticas y civiles que las familias de bien

bastarían sus casas, con tal de ver convertido el barrio en un corral de vicio alejado de la sociedad, tanto física, como moralmente".

Fue tanta la presión oficial que para que los moradores pudieran salir de la zona debían presentar un salvoconducto.

Griselda era la mayor. Le seguía Luis, o Patas Agrias, "como lo quieren llamar", insisten las vecinas; luego Nury, y por último Olguita. "¿Me preguntaba por qué Griselda era de apellido Blanco y su hermana era Nury Restrepo? Entienda que Ana trabajaba en una casa de citas, y pues eso explica muchas cosas", remacha con cierta ironía una de las doñas, de sesenta y seis años.

Griselda creció con las necesidades de un hogar en el que escaseaba hasta la comida. "Pero no era vagabunda. Eso es mentira. La mamá sí trabajaba en un burdel, eso no se puede negar", declara Robertico, a quien se le suele escapar siempre una muletilla todavía más particular que él: "escucha bien, sé sabio".

Al lado de la fila de hembras dispuestas a cobrar por un ratito, aparecía la niña, la hija de la Cucha, en la mitad de la pista iluminada por la luz mortecina del cabaret, bailando, moviendo el diminuto cuerpo ardoroso y moreno —un cuerpito diez, diría Robertico— para ganarse un billete, para que le regalara un pesito de propina.

Esa fue la imagen de su niñez que la Madrina se encargó de venderle a su peluquero durante el tiempo que lo conoció. Él fue quien le escuchó sus reclamos, sus penurias, la preocupación por el cáncer de colon que había desarrollado su cuerpo durante la vejez, todas esas desavenencias y dolores que no la abandonaron en el pináculo de su vida.

Cierta vez le oyó decir que fue en ese contexto de casas de lenocinio y de bombillitos rojos donde conoció a Darío Pestañas. El hombre era de esos ladronzuelos que llevaban con cierto orgullo el mote de camajanes: vestido a la moda, pelo engominado, fumador de marihuana y contrabandista. "Era bajito, de pelo ondulado, muy bien parecido. Las pestañas eran crespas, lindas. Se lo pasaba jugando cartas y billar en el bar Andaluz", agrega una de las doñas.

El matón de los años setenta solía usar camisa de seda brillante. La tela debía ser tan poco rugosa, de forma que le permitiera deslizarse, en cuestión de segundos, el revolver que llevaba guardado entre los calzoncillos y la pretina del pantalón.

De Pestañas también hizo registro Alonso Salazar, en *La parábola de Pablo*, pues aquí, en este tiempo, comienzan a configurarse los dos personajes más influyentes, por desventura o como lo quieran catalogar, de la historia del narcotráfico en Colombia: Griselda Blanco y Pablo Escobar:

"Los galafardos soñaban con dólares, dolares, dolorosos. Para buscarlos, Darío Pestañas y algunos otros conformaron una especie de cartel de 'cosquilleros' —como nombraban a los manos de seda que despojaban a las víctimas de sus billeteras, sin dolor, sin que se dieran cuenta—. Viajaban a Panamá, Caracas, Puerto Rico, a Nueva York a robar en el metro, en los autobuses y en las calles y regresaban a darse una vida



de bacanes, a darse la vida suave en bares y prostíbulos".

El salto del contrabando al tráfico de cocaína y marihuana llegó por varias vías a La Santísima Trinidad. Muy pocos lo saben, pero hacia el año 1960 aterrizaron en Barrio Antioquia un puñado de indígenas de Otavalo, Ecuador —ruanita, sombrero, vestido largo—, que trajeron un tesoro entre las manos: el polvo blanco.

En el libro *La piel de la memoria*, de Mauricio Hoyos Agudelo, se lee:

"Desde 1960 comenzaron a llegar estas personas. Algunos de los habitantes tradicionales afirman que ellos fueron los que inicialmente empezaron a importar la base de cocaína para los primeros laboratorios que funcionaron en Medellín. De hecho, son asociados con algunos de los duros que vivieron en el barrio entre 1960 y 1970, es el grupo étnico que menos se integró a las dinámicas sociales del barrio, hasta que se ocuparon de actividades comerciales y en algunos casos en el contrabando entre el Ecuador y Colombia".

Pablo Escobar Gaviria transitaba por la flor de su juventud y, pese a la ambición que ya se le conocía como jalador de carros y traficante de licor, nadie que lo viera así —núbil, jocos y sin sal, llegando de cuando en cuando a un prostíbulo conocido como La Curva del Bosque— lo imaginaba una década más tarde tomando ventaja en el negocio de la coca.

Era el momento de decidir si se optaba por continuar trayendo filas de camiones cargados de contrabando de La Guajira (la costa Norte de Colombia) o seguir por el insospechado rumbo de la droga. Se dice que quienes fueron patrones de Escobar, Jaime Cardona Vargas, el Rey del Marlboro, y don Alberto, apodado el Padrino, no estuvieron de acuerdo. Otro de los que se rehusó en un principio, pero que terminó dejándose tentar por el próspero negocio del "sueño blanco" fue el Negro Duqueiro, quien según el Mono John Jairo, llegó a traer a Medellín, en un solo fin de semana, más de cincuenta camiones llenos de licor, de ese que no pagaba impuestos.

Es curioso que Duqueiro le advirtiera a Escobar que si se metía de cabeza a transportar droga "sería el hombre más rico del mundo, pero también el más lleno de problemas".

Es paradójico si se tiene en cuenta que, por un lado, Duqueiro terminó exportando coca y finalmente fue asesinado por orden de Griselda Blanco, según el testimonio de un agente de inteligencia de la policía de la época. Y, por otro lado, porque, anticipándose al futuro que le esperaba a Pablo, no pudo haber sentencia más certera.

Los nacientes narcos colombianos tenían un espejo que no provenía precisamente de su realidad inmediata, sino de las novelas de ficción. Desde 1969, Mario Puzo había puesto en escena, y aquí viene de nuevo *El Padrino*, una

discusión similar que resultó extraordinariamente profética. En la cinta de 1972, Marlon Brando, haciendo las veces de Vito, se ve sentado dando la espalda a la cámara, sin saco, sin corbata, apenas con las cargaderas puestas y preguntando:

—Santino, ¿qué piensas tú? —interroga a su hijo mayor.

—Hay mucho dinero en ese polvo —le contesta.

A continuación, Tom Hagen, el *consigliere* de la familia, el abogado encargado de transformar en limpio lo sucio, se viene con un discurso que marcaría el camino de una realidad espantosa. Un reflejo tremebundo de lo que

fanfarrones, tomatrago, ostentosos y benefactores.

Varias personas que conocieron tanto a Pablo Escobar como a Griselda, apuntan a que en un principio la relación entre ellos fue de admiración, semejante a la que puede prodigar un aprendiz a su maestra. Antes de que se volvieran enemigos a muerte, ella le mostró a su alumno los primeros caminos para llevar cocaína a los Estados Unidos, pues aún no se podía hablar de rutas. Pero, dicho de otro modo, es honrado decir que cuando Griselda ya era la Reina de la Coca, Escobar apenas andaba montado sobre el lomo de una motico Lambretta, tratando de conseguir un kilo de coca para mandarlo hacia el norte.

Estando cerca de su muerte, y mientras se hacía arreglar las uñas, la Madrina diría que en el pasado llegó incluso a sentir aprecio por Pablo, pero que con el transcurso de los años —según ella— logró entender que él simplemente "era un güevón". ¿Por qué lo pensaba? "No sé", se detiene a pensar Robertico, "tal vez porque Griselda creía que era más aventajada, más inteligente que Escobar y porque consideraba que él era una persona fácil de manipular".

La Madrina no necesitó de nadie que estuviera o no de acuerdo con sus viajes. En el barrio cuentan que un zapatero muy famoso al que le decían Toño, recibió en 1969 una imprevista visita de Griselda, ya parida de tres hijos: Dixon, nacido en abril de 1960, Über de noviembre de 1961 y Oswaldo, de 1962.

—Toño, necesito que cojás estos zapatos y me le coloqué estos tacones y me le metás este polvo ahí. Y necesito que las suelas de los zapatos del marido mío también las llenés —le ordenó.

Toño le habría entregado a la hija de la Cucha diez pares de zapatos repletos de coca. El Mono John Jairo acota que así estuvo tres años ininterrumpidos y que luego la vieron con la fortuna "más impresionante del mundo". "Es que desde eso ella fue la reina de todo", dice.

Pero no solamente eran zapatos. Un artículo del *New York Times*, fechado el 2 de febrero de 1985, cita que el fiscal federal, John McEnany, denuncia que la red que tejó la Madrina antes de 1971 se las arreglaba para embutir la droga en brasieres, fajas especiales y jaulas para perros. Griselda le confesaría a Robertico que la modalidad que nunca falló fue la de mandar de paseo a sus amigas, las más anónimas que se pudiera, con cocaína entre pelucas discretas.

La cercanía de Barrio Antioquia con el Aeropuerto Olaya Herrera resultó determinante para que Griselda tomara verdaderas alas. "Ella tenía todo comprado alrededor del aeropuerto. No creas que dejaban diez o veinte kilos. Dejaba dos o tres. Un policía lo recogía en la malla y se lo entregaba al piloto. El noventa por ciento de esa droga terminaba en Nueva York y Miami. Griselda no tenía que mover un dedo, solo recibir los dólares", dice el Escritor.

La evolución de la terminal aérea se dio de manera casi paralela al devenir del barrio. Aún hoy es posible ver que un poco más del cincuenta por ciento de la pista, que mide 2.508 metros de largo y que es circundada por una malla a la que cualquiera puede encaramarse, colinda con un segmento de la carrera 67, precisamente la línea sobre la que se dibuja un paisaje de casuchas, talleres y un perro mugriento y desorientado que sale al paso y que, si hablara, diría que hemos llegado al barrio de La Santísima Trinidad. ☹

Lo mejor de tu fiesta de cumpleaños lo vives una vez al año.

**Lo mejor del gas natural de EPM, lo puedes disfrutar todos los días**

**¡Aprovecha por tiempo limitado!**

**Disminución**  
- De la tasa de interés para los estratos 1, 2 y 3  
- Del precio de la conexión

- Más económica y ecológica que otros energéticos.
- Con la conexión al servicio, los estratos 1, 2 y 3 reciben una cocineta a gas de 2 puestos.
- Subsidio en el consumo para los estratos 1 y 2.

Además de estas facilidades, disfruta de todos los beneficios del gas natural: seguridad, disponibilidad permanente del servicio, valorización de tu vivienda y cuidado del medio ambiente.

Llama ya al **44 44 115** o pregúntale a nuestros asesores

Gas Natural de EPM  
Un cambio en tu hogar que cuida la vida

**eprm**  
estamos ahí.

jo, jo, jo.

WWW.APOSTOL.COM.CO

Prohíbese el expendio de bebidas embriagantes a menores de edad, Ley 124 de 1994.  
El Exceso de alcohol es perjudicial para la salud, Ley 30 de 1986.



## En el Templo del Rebusque

Fotografía: Juan Fernando Ospina

Así el Papa Benedicto XVI asegure que en el pesebre de Belén no había ni burro ni buey; o así los ateos digan que tampoco hubo Virgen ni San José ni mucho menos un Dios trasmutado en niño, los fieles recuerdan la natividad a su manera y en nuestros pesebres no es raro ver una vaca roja muchísimo más chiquita que el Niño, ovejas de más alzada que un camello o dromedario que también ronda por allí, que a su vez es ligeramente más chico que San José, estando de rodillas; y hasta es posible encontrarse una que otra Barbie desnuda y medio tuerta.

Un pesebre justamente podría ser este collage, apenas intervenido por el fotógrafo, quien admite que armó el entramado pero sin mayor esfuerzo, simplemente reacomodando cachivaches en un mismo tendido del centro comercial Los Puentes.

Ahí, entre lo sacro y lo profano, están pintadas nuestras miserias y alegrías, nuestros sueños, nuestra capacidad para el rebusque y el trabajo. Hay licor para las fiestas decembrinas, pero no faltan las gafas oscuras. Y si bien está presente la granada como símbolo del odio y la violencia, también tenemos las tijeras para desatar el nudo. ©



“A mi me gusta el tango, pero el tango que tenga cara triste y gesto guapo; y apriete en la cintura de las mozas la mano del varón, como un reclamo de amor...”  
 Carlos Bahr  
 Calle 53 No 43-59 Maracaibo • Tel. 239-3580



**“¿Cómo podemos tener nosotros la culpa? ¿Acaso podemos controlar el movimiento del mar y el viento? Ellos empujaron el barco hacia la playa y él chocó contra las rocas y se partió en dos. Flotaron los despojos: barricas de ron, sacos de harina, pimientos que tiñeron la playa. ¿Qué debíamos haber hecho? Tomamos las mercancías. Nuestro pecado no fue tan grave. Las desgracias suceden, en ocasiones para la dicha de algunos inocentes.”**

*Defensa que el Cacique Mapuche Huaquinpán hiciera de dos de sus hombres acusados en Santiago de Chile por el robo de las mercancías del navío “Joven David”, hundido frente al poblado de Puauchu en 1849.*

 **Ron  
Medellín**  
*Extra Añejo · Gran Reserva*

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD LEY 30 DE 1986  
PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994